





CLUB DE  
LECTURA Y  
ESCRITURA

2020 - DÍA

JUEVES -

Antología

(Poesía y

narrativa)

CLUB DE LECTURA Y ESCRITURA 2020 - DÍA  
JUEVES - Antología (Poesía y narrativa) / Ayala,  
Sacha ; Barovero, Gabriel ; Bedacarratz, Estanislao ;  
Benitez, Emanuel ; Giovanetti, Roberto ; Irade, Marcos  
; Itkin, Lucas ; Juri, Juan ; Saravia, Bautista /  
Coordinación, compilación y prólogo por Baggini,  
Federico / Reseña de contratapa por Kafka. Franz  
/ Arte de tapa por Dalto, Laura / Diseño de tapa  
por Mayora, Pablo  
1a ed. - Provincia de Buenos Aires : 2020. 112p. :  
il. Im. ; 18x12 cm.

1. Cuento. CDD 863
2. Poesía. CDD 861

Datos de contacto:

Federico Baggini: fedebaggini@hotmail.com

Pablo E. Mayora: @PabloEzequielMayora

Laura Dalto: @lauradaltofotografia

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

2020 / Construcción colectiva

CLUB DE  
LECTURA Y  
ESCRITURA  
2020 - DÍA  
JUEVES -  
Antología  
(Poesía y  
narrativa)



# Agradecimientos

A quienes  
dediquen  
su cuerpo  
y declinación  
a la lectura  
de este  
horizonte  
que hemos  
dado en  
llamar  
Antología.





# Prólogo

## Versatilidad y diversidad

En términos fundamentales, la articulación de estos dos principios delimita el marco de todo pensamiento que pretenda afirmarse como crítica. Solo al apoyarse uno en otro, el principio de *versatilidad* y el de la *diversidad* forjan y mantienen su capacidad de ruptura con la ortodoxia y con toda forma de lo pensado o lo impensado ligados al orden establecido.

Referirse al principio de la *versatilidad* equivale a querer asignarse la tarea de describir o, mejor, sacar a la luz, los mecanismos –más o menos antiguos, más o menos profundos, más o menos estratificados, más o menos ocultos– que rigen el gesto y la palabra de los artistas, y gobiernan sus prácticas y la percepción que ellos se hacen y dejan ver de estas.

Referirse al principio de la *diversidad* implica rechazar la idea de que algunos marcos de la vida colectiva o individual puedan estar dotados de una necesidad (lógica, política, psíquica, jurídica) tal que se sitúen fuera del alcance de la transformación social y por lo tanto de la acción política.

Así conjugadas, la idea de *versatilidad* –que se refiere de manera general al conjunto de las posibilidades que dan forma al mundo literario en este caso, y pesan sobre los artistas que se mueven en su seno– y la de *diversidad* –que remite a la contingencia histórica de las coacciones,

a pesar de los procesos de desistorización que las han naturalizado casi por completo- constituyen la base de la actividad creativa en cuanto se pretende crítica, y de la escritura política y emancipadora en cuanto debe elaborar una intertextualidad realista del mundo social, preocupado por definir las perspectivas y las posibilidades de la acción política a través de la escritura y lectura, pero también por discernir sus dificultades y sus límites. El abordaje de esta antología se desarrolla como una exploración sistemática del inconsciente social tal como lo estructuran, entre otras cosas, las pertenencias de clase, pero también todas las ligadas a la fuerza a la vez objetiva y performativa de las categorizaciones sobre las cuales se apoya el funcionamiento jerarquizado del mundo social. La psicología de ese inconsciente, constituido por sedimentos depositados con el transcurso de la historia personal de quienes aquí escriben y por tanto colectiva en el cerebro de los individuos, en función de los medios sociales donde se han socializado, o de las identidades que se les han dado como morada de su ser-en-el-mundo, sobre todo en virtud de la nominación insultante y la asignación a categorías estigmatizadas, es uno de los principales medios, uno de los principales recursos de que dispone este ejemplar literario para deshacer las evidencias dóxicas del mundo en que vivimos y la complicidad tácita con que cada uno de nosotros, día tras día, quiéralo o no, se entrega a ellas.

El análisis de los textos aquí reunidos delimita el campo del acto creativo-literario-crítico, si se considera este como el lugar donde se anudan los hilos de un proceder a la vez teórico y político que se asigna como hori-

zonte el ideal de una construcción de carácter radical y que, por consiguiente, aspira a estar siempre abierto y permeable a la llegada del acontecimiento, de lo inédito, atento al porvenir contenido y anunciado lo que se mueve en el presente, a las líneas de fractura que se dibujan en él y, por lo tanto, al presente acorde a la forma y el sentido que ya le confiere el porvenir hacia el que tiende.

Sin embargo, por más contundencia que aquí se le asigne a los textos consignados, este libro está ligado también a las interrogaciones a las que dan origen los esquemas sociales y las afirmaciones políticas siempre en el contexto de un ejercicio de creatividad literaria. Ahora bien, cada uno de esos esquemas, cada una de esas afirmaciones, aparece, se despliega, cambia en función de un ritmo, una temporalidad que le son propios.

Foucault nos exhortaba y exhorta a desconfiar del hegelianismo que recorre la filosofía política y nos incita a percibir el tiempo como si estuviera unificado: es indispensable concebir el tiempo de la literatura (entendida esta como herramienta política) como no homogéneo. En esa heterogeneidad, esa pluralidad, esa multiplicidad, se juegan las resistencias a los mecanismos complejos de la dominación (concepto que tampoco puede ser unificado ni unificante). Y en esas resistencias escritas se inventan las prácticas emancipadoras y se abren las canteras de las nuevas escritura y literatura contemporáneas y, por consiguiente, las de la transformación política y cultural que el arte es capaz de llevar adelante.

En conclusión, y sin mayores preámbulos que los otorgados, esta es una obra que se defenderá por si sola.

Federico L. Baggini

Diciembre 2020

# Bautista Saravia

“El escritor escribe su libro para explicarse a sí mismo  
lo que no se puede explicar.”

Gabriel García Márquez

# Sueño

Cuando desperté, la llave estaba ahí. Era el momento de huir, dudarlo un segundo más podría arruinarlo todo. Era el primer error de un guardia desde que llegué acá y debía aprovecharlo. No recuerdo una sensación igual. No tenía control de mi cuerpo, temblaba y mis ideas eran confusas, supongo que mi instinto de supervivencia apareció como nunca antes. Todo sucedió en cuestión de minutos. Para mí fueron eternos. Salí de la celda y doblé por el pasillo a la derecha. Las miradas perdidas de los otros detenidos se clavaron en mí como un sinfín de agujas, una escalera me esperaba al final del pasillo. Recordé que ninguna persona había llegado tan lejos. Corrí tanto como mi cuerpo me permitió, cada paso podía ser el último. Sin embargo la recompensa era tan grande que jamás escuché el ruido de las alarmas, ni los gritos de los guardias. Fue la primera vez que pensé que podía abrazar a Teresa, a jugar con Paquito y hasta sentarme en la galería de mi casa para ver un atardecer. Una luz me cegó por un instante. La brisa me despeinó, respiré y el olor a humedad y a encierro que me torturaron por meses ya no estaban. Libertad, pensé, libertad al fin... la oscuridad me envolvió. Cuando desperté, la llave seguía ahí.

## El boxeador

Estaba durmiendo cuando de repente su vieja entró a la habitación desesperada con el teléfono en la mano “Que susto, ¡estabas acá!”, dijo. La sorpresa y su tono de voz hicieron que Fausto se despertara de golpe. Él era un chico joven y muy buen mozo, con un físico que todos envidiarían. Al incorporarse de la cama, intentó calmar a su madre con un fuerte abrazo, “Estoy acá mamita, quédate tranquila”, le dijo para que le explicara la situación. Rosa, su madre, había recibido un llamado de alguien que le insinuaba que su hijo estaba muerto. Él siguió intentando calmarla: “Ya sabes cómo funciona este mundo mama, estamos en un país extranjero, desafiando al campeón mundial de peso mediano, y estas artimañas siempre pasan. Quieren perturbarme antes de la pelea”, continuó diciendo Fausto. “Regresa a la cama que dentro de unas horas hacemos historia”, sentenció. Cuando Fausto quiso recobrar el sueño, la ira y la bronca interna que sentía lo motivaron aún más.

Ya en la mañana, el boxeador se sentó a desayunar para fortalecer el cuerpo. Allí estaban Florencia y Michael, su esposa y también su manager. “Con todo hoy, ¡eh! No pienses en lo que te dijo el médico y salí a matarlo.” Esas palabras no fueron recibidas por Fausto. Su esposa intentó besarlo y él, sin disimular, lo evitó. Antes de entrar a la cocina esa mañana los había escuchado cuchicheando. “Siempre perdí plata con este chico, ahora, aunque lo maten en el ring, ganaré lo que me merezco”,

“Y yo también, lo soporté durante años a ese hijo de puta, con su bipolaridad, con sus gritos, ojalá lo maten.” Fausto los miró a los dos y sin dudarlos escupió una catarata de insultos, gritos desmedidos y hasta revoleo la mesa redonda que había en esa cocina. Todo ese momento duró varios minutos. Los llantos de Florencia no llegaban a escucharse porque los gritos de Fausto los tapaban. Las explicaciones del manager tampoco.

“Ustedes me obligaron a hacer esta pelea solo para salvarse”, dijo el boxeador después del vendaval. El médico de cabecera de Fausto le había diagnosticado un temible daño cerebral y le informó que otra pelea, otro golpe, podría dejarlo en silla de ruedas como el mejor escenario. “Voy a subirme ahí y después no los quiero ver nunca más”, sentenció mientras se dirigía a la salida.

Mahmud Amin era su rival. Oriundo de Nesha, en el Delta del río Nilo. Un campeón formidable, joven, pero con muchas peleas en su haber. Invicto en más de 25 peleas y todas por KO. Si era el vencedor de esta pelea, se le permitiría subir de categoría y pelear para ser el mejor libra por libra.

Ya llegado el mediodía, Fausto con su madre y el grupo de entrenadores partieron hacia donde se realizaría la pelea. Eso también era histórico. La sede elegida: la pirámide de Seneferu, en Dahshur, a cuarenta kilómetros del Cairo. Llevó muchos años acondicionar el lugar para eventos públicos, pero parecía una obsesión del gobierno egipcio. El grupo llegó al lugar y las caras que pusieron reflejaban lo imponente del lugar. Fausto preguntó



varias veces como lo habían logrado, pero solo recibió risas como respuesta. Eso lo enfureció.

Ya en el vestuario, Radamel Sánchez, el entrenador principal del boxeador, notó algo distinto en su pupilo. Faltaba tan solo una hora para el comienzo del combate y ni su esposa ni su manager decían presente en el lugar, algo impensado para Radamel. “Oye, chamaco, io no sé qué a pasao entre usted, pero usted debe salir y matal al pana Amin”, le dijo el boricua. “No le voa mentil a usted, Amin le va a ganal si usted no se mantiene focus, use eso que le duele y pegue chamaco, pegue”. Algo se encendió en Fausto, algo que él nunca había sentido.

El reloj marcó las 6 pm y por el altoparlante lo llamarón al ring. “Es tu horario, y vos sos el mejor”, se gritó para sus adentros, y salió. Pantalones negros solo con el estampado del sponsor atrás, y sin ninguna canción de fondo que acompañase su marcha, subió al ring. El ingreso de Amin fue mucho más impresionante de lo que el mundo se imaginaba.

El árbitro los junto en el medio del cuadrilatero. Lo último que Fausto recuerda es la típica frase “Peleen limpio...”, nada más.

La campana retumbó por toda la pirámide y ambos se encontraron nuevamente en el centro de la escena. Los rulos largos de Fausto bailaron en el aire por unos segundos, sus ojos azules de alguna forma brillaron con el contraste de su oscura piel, y con tan solo un derechazo a los pocos segundos, Mahmud Amin, el gran campeón, calló.

La explosión de la gente desorientó a Fausto. Cuando volvió en sí, lo miró a Radamel y pensó: “Al fin estaba libre de crear lo que deseaba con su imaginación”.

## El loco

Me habían traído al sanatorio Abril. Treinta de marzo. Llovía. Pude enterarme porque las gotas reventaban las ventanas de la ambulancia. Me gustaban los viajes con lluvia. Me gustaban porque la lluvia era imposible de evitar, le daba una musicalidad al momento que lo hacía agradable. Los que me acompañaron en ese viaje sólo murmuraban y me miraban. Eso fue muy molesto. Recuerdo pensar cuánto lo disfrutaría en soledad. Estar rodeado de personas que no me junen era uno de mis mayores traumas, la idea de qué pasaría por sus cabezas, qué palabras rellenaban esos murmullos y qué pensamientos me clavaban con sus miradas me persiguió siempre.

“¿Por qué estoy acá?”, me repetía incansablemente. Estaba convencido de que merecía una explicación. El sabor a ginebra en mi boca me explicó por qué no recordaba nada. “Maldito vicio”, pensé. Al silencio de esas personas sólo lo combatió el ruido típico de esos aparatos de hospital, el rebote de las gotas contra los vidrios y mis pensamientos que siempre decían lo mismo: “Te ignoran”. Pocas veces en mi vida peleé con tanto esmero para hacerme escuchar. Deduje al instante que debería haberlo hecho antes para que las cosas sean distintas. Ahora parece tarde.

Por un segundo uno de ellos me miró a los ojos, realmente no estaba acostumbrado a esa sensación. En su mirada sólo vi rechazo, reprobación, eso sí me fue fami-

liar. Recordé cuando Claudia me rajó de casa, le había dado todos nuestros ahorros a un conocido esperando que me ayude con la publicación de un compilado de cuentos y nunca más apareció. Más de veinte años habían pasado y todavía lo podía recordar detalladamente.

Cuando volví a intentar retomar la atención de uno de los enfermeros me percaté de las esposas. “¿Por qué mierda me pusieron esto?”, alcancé a gritar. Estaba seguro de que era una confusión, no era la primera vez que me detenían por error. Jamás me consideré un santo ni nada por el estilo, pero la vida me enseñó que si vivís en la calle la gente te criminaliza, se olvidan que sos una persona y siempre desconfían.

Había logrado cumplir mi objetivo ya que uno de ellos se volteó y me miró, otra vez esa sensación extraña, pero familiar. “Quedate quieto”, me escupió, “está por llegar el fiscal y quiere hablar con vos”, terminó diciendo mientras la puerta se abría y se cerraba para que ambos salieran de la habitación. Habrán pasado horas hasta que alguien volvió a abrir esa puerta. El traje y el malecón me ayudaron a deducir que era el fiscal. Recuerdo que me sentí aliviado porque la espera había llegado a su fin. O eso creí.

—¿Usted conoce a Emilio Reyes? -me preguntó el hombre.

—¿Qué pasa con ese hijo de puta?

—Entiendo que eso es un sí. Mire, Ahumada, en la noche de ayer hubo un incendio en la casa del señor Reyes, sabemos que sucedió entre las dos y las tres de la mañana y tenemos elementos suficientes para creer que

usted estaba en la zona en esa franja horaria. También, varios de los vecinos declararon que lo han visto en otras oportunidades por el lugar y que en más de una ocasión amenazó al prestigioso escritor.

—¡Prestigioso mis bolas! Ese hijo de puta no es capaz de escribir ni la mitad de lo que dice haber escrito. Es un mentiroso y un cagón que les roba las ideas a otros.

—La casa de Reyes se incendió por completo, él no se encontraba en el lugar de los hechos pero sí su esposa y sus tres hijos, nadie sobrevivió al incidente. A usted se lo encontró inconsciente a pocas cuadras del lugar, borracho. Por eso se lo acusa de homicidio en primer grado con el agravante de incendio intencional a propiedad privada.

La sensación de escalofrío recorriendo mi espalda me detuvo por completo. ¿Cómo se puede defender una persona que no recuerda lo que hizo? Sabía que odiaba a ese hombre más de lo que quise a cualquier persona. También me creía incapaz de semejante acto. Tal vez mi vicio finalmente me traicionó.

—Dentro de las próximas setenta y dos horas se lo trasladará a la comisaría y se empezará con el proceso pertinente. La víctima ya realizó la denuncia así que le recomendamos que se busque un abogado, en caso contrario, el estado le proveerá de uno.

A los meses fui condenado a veinte años de prisión. Mi vida nunca fue agradable pero por lo menos era mía. Nadie valora la libertad hasta que ya no la tiene, y eso me pasó a mí. No extrañaba dormir en la calle y usar la

misma ropa por años, mucho menos a las personas. Pero la mierda... ¡cómo extrañaba la ginebra!

Los años pasaron y los momentos buenos se intercalaron con los desagradables. "En la cárcel al menos no me ignoran". Un pensamiento que cada tanto me reconfortaba cuando me sentía un asesino. En el lugar pude retomar mi pasión por la escritura. Nadie me había halagado tanto mis obras como ese grupo de presos que me habían dado asilo en su pabellón. Tampoco me habían violado hasta llegar ahí.

Un día como cualquier otro, escuché en la radio que habían encontrado el cadáver del hijo de puta de Reyes tirado en una zanja, cerca de Chascomús. No tardaron mucho en encontrar a su asesino y éste, al tiempo, reconoció ser el culpable de la muerte de la esposa e hijos también.

Soy inocente. Ahora lo sé. Pero nadie recordó jamás al loco viejo y borracho que habían incriminado.

# Emanuel Benítez

“Para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento.”

Miguel de Cervantes

# 1

Papelerío, seguros, clausulas, piquetes. Todo eso en un día. Estaba agobiado del trabajo en la empresa. Las paredes monocromáticas de mi oficina me volvían loco. Además, mis compañeros en vez de llamarme por mi nombre, me decían “El sin vida”. La frustración era el aire que me acompaña todos los días, y no sé si era peor las pocas ganas de seguir trabajando, o las de vivir en sí. Encima, ese día, tenía que aguantar a la familia de mi pareja que no soporté nunca. Los chicos rompían todo, sus papas y mamas los ignoraban. Ensuciaban todo, gritaban y se peleaban. Mi cabeza iba a estallar. Y por si ya no fuese poco, al otro día debía ir al hospital a ver a mi tía. El Domingo era el único día que tenía libre, y lo había ocupado para ir a visitar a esa mujer verrugosa que me arruino gran parte de mi infancia, y actualmente, gran parte de mi economía. Porque sí. Ella no podía ir a un hospital público, si no que al privado, y el más caro de la zona. Pero como ella no tiene trabajo (como casi toda mi familia) me dejo entre la espada y la pared cuando me pregunto en frente de una cena familiar: “Ay mi querido Lorenzo, ¿podrías mantener los gastos del hospital? Te aseguro que te los devolveré... Algún día”, y esa parte me la susurró a mí. No podía decirle que no teniendo cáncer, iba a quedar horriblemente con toda la familia. Y hablando de mi familia, mis hermanas visitaban a mi pareja siempre, y traían a sus hijos que eran peor que los de mis cuñados.



Creí que el apodo “El sin vida” era equívoco, pero no lo era. Ese era el sobrenombre más exacto junto a “El infeliz”. Y como así era mi vida, era la de todos los demás, o la de la gran parte de la población: predominaba el griterío, las responsabilidades extremas, los problemas, la plata. Solo que el mundo estaba acostumbrado a eso. Un sufrimiento adaptable.

Pero una noche, mientras había gente en mi casa, como siempre, me fui a mi cuarto. Mi familia política estaba en el comedor, y con una excusa de que tenía que hacer una videoconferencia con posibles inversoras de Inglaterra, me fui a recostar. Lo que más me frustraba era que siempre cuando me dormía, como todas las personas que conozco en este maldito mundo, soñaban con más y más responsabilidades. Increíblemente la palabra descanso no tiene valor alguno. Así que me senté en el colchón entre cruzando las piernas, respire hondo y cerré los ojos. Sabía que estaba perdiendo tiempo de “descanso”, pero no me importaba. Pues sentía la necesidad de hacer eso, aunque increíblemente pasó algo nuevo, algo que nunca escuché de nadie. Nunca escuché que una persona diga: “Qué paz”. Pero en ese momento la sentí. No sé si fue el momento, o si fue la exhalación, o el cerrar los ojos de una manera precisa, o alguna otra cosa, pero al tomar esa posición, vi y escuché nada. Era increíble cómo se sentía eso. Lo podría describir con la palabra exacta: descanso.

A partir de esa vez comencé a transformarlo en rutina: antes de desayunar, antes de ir al trabajo, al salir también, al llegar a casa y antes de dormir. Todos me veían con cara de: ¿ya abra enloquecido o qué? Aunque no me

interesaba nada de lo que digan. Las palabras entraban por uno de mis oídos y salían por el otro. Era una forma de pasar el día, la semana y mes de una manera realmente placentera. Mi pareja, cada vez que lo hacía me preguntaba qué me pasaba. Quería mantenerlo como mi secreto, un secreto que me hacía feliz. Poco a poco la envidia manaba de mis compañeros, mientras yo hacía nada para vivir alegre. Nunca pensé que se puede hacer nada; era como un trance con algún ente que extraía toda mi aura negativa y la convertía en positivismo, dejando en mí un hombre nuevo, feliz y ahora desinteresado.

La sonrisa me acompañaba a cada lado que iba, y de la gente que anteriormente veía “feliz” a comparación de mi anterior versión, ahora notaba desesperación en su rostro y forma de caminar. Parecía una población de zombis ya harta de que no haya algún cerebro con el cual alimentarse. Ahora veía la tele y llegaba a ver el ademán de irritación y frustración que portaban los políticos, noticieros, gente del ámbito popular y más celebridades. En mi mundo onírico, mi deseo más alto era tener los ingresos de esa gente para satisfacer mis placeres que, se suponía, me iban a traer felicidad. Aunque estaba equivocado, pues descubrí yo mismo como ser feliz: ver, oír, tocar, sentir y hablar con la nada.

Cierto día, en mi trabajo, como era habitual, entré con mi sonrisa natural. Me prepare un café, y me fui a la oficina. Dentro de ella estaba Angie, mi supervisora, con la cual me llevaba espectacular. Estaba llorando desconsolada. Me acerqué y quise saber el porqué, y entre sollozos me confesó que odiaba su vida. Eso me hizo re-

cordar a mi pasado horrendo, al cual odiaba, rechazaba, aborrecía y quería olvidar. Así que a ella fue la primera persona a la que le confesé mi truco. No pasó ni un día que al verla en el trabajo, una sonrisa leve, pero real, había acaparado su rostro. Y ese fue el comienzo de la cadena, pues poco a poco mis compañeros y compañeras comenzaron a integrarse en el grupo de los que amaban y disfrutaban su vida.

Todo marchaba bien hasta que la ira de la gente que no reprimía sus necesidades comenzó a alborotar todo. Poco a poco se fue descubriendo que el tiempo de reflexión que otorgaba la nada, era fruto de cuestionamientos internos que rompían la ética de la humanidad. Otros tipos de conflictos comenzaron a nacer, aunque ya la mirada desgana de la gente había desaparecido.

¿Habría sido buena opción ser feliz?

## 2

Siempre me intereso el cuidado del planeta, que pare la contaminación, y que nos enseñen que no cuesta nada tirar una botella en un cesto de basura.

Mis padres fueron excelentes a la hora de criarme y educarme, pero flaquearon en eso, porque nunca les importó realmente el cuidado de nuestra Tierra. Eso nació de mí. Cada vez que algún familiar tiraba algo al suelo, le pedía amablemente que lo guarde hasta toparse con algún tacho. La gran mayoría de las veces me hacían caso y me decían: "Uy se me cayó" "Ah, no me di cuenta" o simplemente me decían "gracias por avisarme" con un tono donde me daban a entender que los molestaba. Pero por lo menos lo guardaban hasta poder tirarlo. En cambio cuando uno ignoraba de mi petición, no buscaba discutir, era un niño. Como tú, Sam. Simplemente lo agarraba y lo guardaba hasta toparme con algún cesto de basura. Aunque si estaba con la Abu, me obligaba a tirarlo. Decía: "no sabes quién lo toco."

Con el trascurso del tiempo, la abuela y el abuelo copiaron ese hábito. Aún que sé que nunca admitirán que yo les enseñe eso. Les parece tonto que un chico enseñe algo.

— Está muy linda la historia, pero... ¿Qué tiene que ver con las zapatillas que me mencionas siempre tío?

— A eso iba... Un día mis padres me trajeron un regalo, unas zapatillas celestes con los bordes blancos. Creo que eran Topper. Lo más hermoso de estas eran sus dibujos

del planeta Tierra, y sus frases, que en este momento ya ni me acuerdo. Pero tengo a flor de piel es la felicidad que me había generado tenerlas, y usarlas. No me importaba si eran de marca, o si eran baratas, o que a los demás les gustara. Me hacían sentir que... No sé. Me sentía completo.

—¿Y qué les paso?

—Y lo que pasa con todos las personas, crecen. Esas zapas me dejaron de entrar, y bueno, se regalaron, y ahora anda a saber dónde quedaron.

—¿A quién?

—A nadie en específico, elegí dejarlas en la calle para que algún chico que las necesite, y las pueda disfrutar como yo lo hice. Fue doloroso, pero era otro acto que me parecía noble.

—Las hubieses guardado para mí, tío. A mí me interesa eso del cuidado.

—Pero si a vos te interesa realmente lo que es nuestro planeta, no te tiene que interesar unas zapatillas. Aunque ellas fueron importantes para mí, no fue el objeto lo que me marco, si no lo que me enseñó.

—¿Y que fue? —pregunta su sobrinito.

—Fueron tres cosas, peque.

—¿Cuáles cosas?

Pero yo me levante de la silla, le acaricie la cabeza y le dije:

—Si te interesa, vas a descubrirlo solo.

Obviamente insistió para que le diga, pero realmente no me acordaba. Pero me gusto hacerme el misterioso.

Luego pasaron unos años y mi sobrino se metió en un grupo de ambientalistas. Al verlo tan emocionado por eso me transporto a mi pasado.

Lo que logré comprender fue: primero que, aunque seas chico, puedes aportar algo y actuar por un bien general; no hay que dejarse pisotear por quienes dicen que sos chico. Vos, como cualquier otra persona, tenes voz y voto, de eso nunca te olvides. La segunda, es que me di cuenta que no era el único que se preocupaba por el cuidado del planeta. Es decir que nunca estamos solos; recuerdo que la Abu solía decirme: "Siempre hay un roto para un descosido". Si no lo entendes, el propio paso del tiempo te lo va a explicar.

—¿Y la tercera tío? ¿Qué fue la tercera cosa que aprendiste? ¿Me lo vas a dejar otros cinco años en secreto?

—Y la tercera cosa que aprendí fue que el celeste me quedaba genial.

### 3

No me arrepentí en ningún momento, sabía muy bien lo que estaba haciendo, y por eso seguí. Orgulloso de mí. La última fue muy excitante, pero como dicen, "La primera vez es la más bonita", era imposible negarlo. Recuerdo con exactitud ir enojado a sentarme, colocar encima de mi mesita de luz el cuaderno, y escribir: "Theo. Oh sí, ese maldito hijo de puta se merecía todo." "Llegará a su casa, subirá las escaleras dirigiéndose a su cuarto... Pero caerá. Se lastimara la rodilla y, rengueando, se dirigirá hacia la nevera, donde querrá sacar un cubo de hielo. Aunque no sabrá que, muy en el borde de la puerta, habrá un cuchillo. Este, más afilado que el diente de una serpiente, penetrará su ojo y una cascada de sangre escapará de la cúpula agrietada. Gritará, llorará, puteará y muchas cosas más. Intentará escapar de su casa, pero le será inútil. La cerradura estará trabada y le será imposible huir. Su casa será la celda. Además, Tito estará allí. Su perro de tamaño caballo. Se comportará extrañamente enfadado. Y bueno, acabará siendo alimento de mascota", escribí esa vez. Siempre me dio orgullo.

No se tardó en expandir por el barrio la muerte de mi odiado, luego la ciudad, luego por los distritos, hasta ser noticia mundial. Y nunca me arrepentí, ni lloré, ni me lastimé, ni grité, ni recé, ni me replanteé lo que hice ni nada de ese estilo. Sentí, en ese momento, un placer que solo genera un instante en donde recibes buenas noti-

cias, como: “Tu papa tiene cáncer” o “Tu mama murió”. Esas noticias se compararon al máximo nivel de felicidad de ese día.

Y como era rutinario, día tras día, había muertes de compañeros que detestaba. Escribía en mi cuaderno sus muertes horrendas mientras imaginaba su rostro. Oh sí, todas cumplían de pies a cabeza mis detalles más minuciosos.

No tardaron en salir noticias de “El asesino invisible”. Reía exageradamente de orgullo y alegría propia. Adoraba ese maldito libro, aunque siempre tenía una duda: “¿Quién era quién lo cumplía?”. Así que sin darme más vueltas imaginé el rostro de mi hermano, escribí sobre una muerte a base de un toxico mortal. Pero esa vez fue la primera vez que, mientras relataba, el rostro de mi objetivo se había esfumado de mi cabeza. Al principio no le di importancia, y al terminar de escribir el futuro, me acerqué en puntas de pie al cuarto de él. Miré por la mirilla que me otorgaba la cerradura de su puerta y lo que vi fue aún más increíble: una bestia oscura y enormemente amorfa colocando su mano exageradamente feroz encima de mi padre. Luego se esfumo como si fuera vapor. Esa noche mi hermano no volvió a abrir los ojos.

Quedé solo, así que tuve que mudarme con mis abuelos idiotas. Los años pasaron y me insistían que tenía que terminar el colegio, pero con una amenaza de muerte los callaba para que dejen de insistirme. Los días transcurrían y yo seguía con mi trabajo, hasta que un día necesitaba pilas para mi control remoto. Les grite a los viejos decrépitos que me las consigan, pero no estaban.



Así que tuve que cambiar la ropa que hace meses tenía puesta, e ir por mi cuenta. Allí conocí a Alisé. Era una joven chica de pelo castaño claro, llevaba un traje de oficial. Le hable y le sonreí. Pero ella hizo un ademán de desagrado.

Tenía una nueva meta, así que poco a poco comencé a investigar sobre ella. Tenía esposo, pero acabé con él de un hachazo en su espina dorsal; tenía un bebe de cuatro meses, y yo sabía que par que nuestra relación prosperará no podía haber criaturas que le saquen mi atención, así que acabe con el bebe también. Pero no se asusten, solo murió de un disparo. Fue rápido.

Las situaciones que nos cruzaban eran aún más recurrentes, y a base de su depresión y mi instinto de predator, fuimos creando una... Emmm, ¿cómo se llaman? ¿Pareja?

Pero todo acabo el primer martes de abril. Ya los viejos decrépitos inservibles habían expirado, dejando la casa de madera horrenda para Alise y para mí. Volvía del supermercado, pero a la esquina llegando a mi hogar vi decenas de patrullas, sabía muy bien porque. Deje mi libro que tenía realmente prohibidos a todos tocar expuesto. Todas las muertes. Detalle tras detalle. Emoción en esas palabras. Felicidad en gotas de tintas. Pasión en la diversidad de finales. Y todo eso, en vista de policías y de mi esposa.

Escapé, oh sí, salí corriendo. Estuve meses sin contacto con nada ni nadie, hasta el día que lo conocí. Estaba recostado en un establo abandonado, encima de un montículo de pasto seco y excremento de animal de granja. Era de noche. Me desperté al escuchar pisadas y,

rápidamente, agarré la lanza que había hecho con piedras. Salí de allí, y con mi mirada, agazapado entre la oscuridad de aquel galpón, estudié el terreno. No había nada ni nadie. Así que decidí entrar. Pero cuando me di vuelta, lo vi: la oscuridad que capté cuando sucedió lo de Theo, la silueta macabra que tocó a mi hermano, las sombras que constantemente sentía cerca de mí. Esta vez, frente a frente. Tenía la cara de un arlequín diabólico y pálido. Sus ojos de color rojo vivo y el cabello elevado, como muestran las caricaturas de una persona electrocutada. Era enorme. Elevó su mano con sus garras imponentes frente a mí. En ese instante cubrí mi rostro. Pero lo que pasó solo lo puedo redactar como increíble. Me dijo:

—No podes morir por mí. No podrás. Nunca.

# Estanislao Bedacarratz

“La verdad que escribir constituye el placer más profundo, que te lean es sólo un placer superficial.”

Virginia Woolf

# Lluvia

Pasa la tormenta.

Y ciegan sus rayos.

Él no usa ya más paraguas, la lluvia jamás le dejó oler el humo del fuego.

Y el niño muere, porque nunca quiso, porque nunca se lo esperó, y por eso tiene rabia.

Odia al pino por humilde.

Detesta al río por ser normal.

Pero le teme a la lluvia, por ser constante, por nunca haber cambiado, y lo tortura la idea de convertirse en ella.

Él se posa sobre la cáscara del niño ya perecido.

Una antigua nave, un gran hospital, un faro lejano. Su forma siempre fue cambiante.

Admira su silueta.

Se abre un bolsillo infinito y él nota como su presencia desaparece.

No le gusta ese bolsillo, porque le habla del futuro.

Lo asusta el futuro, por eterno, por poder serlo todo y al final conformarse con tan poco, porque ni siquiera la muerte puede hacer que deje de continuar.

Y así desea cesar de existir, de volverse la nada y dejar atrás todo lo que alguna vez fue.

Pero sabe que no lo va a hacer, por cobarde, por lastima a los demás.

Y entonces vuelve a su nido, donde alguna vez soñó con vivir una vida normal.

Hay veces que odia lo que alguna vez fue, y acepta que en un futuro va a odiar lo que es ahora.

En ese caso, ¿qué es él? ¿Acaso es su sombra? ¿Sus cicatrices? ¿Su color favorito? ¿O es la forma en la que mira a las estrellas?

¿Habrá alguien que llegue a conocer cada rincón de lo que representa su silueta?

Y si es así, ¿qué tendría de distinto a la opinión de su madre, su mejor amigo, un profesor, o incluso un conocido?

Después de hacerse estas preguntas, él llegó a hacer una última: ¿para qué vive?

Pasaron muchas noches hasta que pudo conseguir una respuesta, pero un día como cualquier otro, al levantarse de la cama, notó como esta se hizo ver en su mente sin tener que esforzarse.

Él vivía para los demás.

Temía a la muerte, no por incierta, sino porque cuando muera iba a dejar de saber que piensa la gente de él.

No es como si importara de todas formas.

# Cielo del hogar

No sé cuántas veces habré venido a la misma casa, al mismo cuarto, a la misma terraza. Persiguiendo tu imagen, los restos de vos, y sigo reteniendo tu ser como si fueras una foto en mi rollo de cámara descartable: tengo miedo de tirarte.

Busco consuelo en la oscuridad de la noche y mi contaminación no me permite ver las estrellas. El frío me abraza, me hace sentir presente, siento como su mano sin vida me toma e invita a seguirla, pero espero. Hay una estrella que siempre esta, a veces titilante, otras escondida tras mis nubes de imaginación. Me da esperanza.

Tengo miedo del día en el que esa estrella deje de brillar, el día en el que su presencia ya no esté sobre mi hombro dormido.

Busco tu imagen, dentro de esa estrella constante, ruego para que nunca me abandones y sueño con que vos hagas lo mismo.

Llega el día en el que mi eternidad pasa frente a mí, siento un calor agudo en la nuca y todo pierde su color. Lentamente cierro los ojos, estoy listo para el final. Nada sucede.

Mis pulmones siguen respirando, mi corazón repite los latidos, mi piel todavía siente y mi mente persiste. Mis ojos no ven.

Hoy estoy en la misma casa, con el mismo cuarto y en la misma terraza, pero no veo el cielo de la noche. El frío apoya su mano sobre mi hombro dormido, lentamente abro los ojos, pero sigo sin ver nada. Busco la imagen mental de mi estrella en el rollo descartable y solo encuentro restos de una foto oscura. Cierro los ojos y me entrego al frío.

Mis pulmones dejaron de respirar, mi corazón cesó sus latidos, mi piel perdió su tono, y sin embargo, mi mente persistió por un breve instante.

En ese momento sólo atendí a abrir los ojos y aunque no pude ver nada, supe que en ellos estaba reflejada mi estrella constante: A veces titilante, otras pérdida entre las nubes, pero hoy brilla como nunca antes. Mi ojo deja caer una lágrima, y junto a ella, caigo yo.





# Gabriela Barovero

"Deseos de escribir la palabra rruiseñor, de quedarme con ella toda la siesta y ver si cuando merme el sol se puede divisar un rruiseñor o a un lindo boyerito."

Arnaldo Calveyra

# 1

Anselmo Tereso Ayala. Correntino, a 15 km de San Cosme. Primer hijo de cinco hermanos, los dos primeros de un padre, los otros tres de otro, todos varones.

A los 19 años abandonó su precaria vivienda de origen y fue detrás del sueño de la gran ciudad, Buenos Aires. Allí comenzó trabajando de mozo en una cadena de pizzerías. Tuvo que adaptarse a las costumbres de la gran ciudad, entre ellas a vestir de otra manera. Siempre tuvo talento para las motos, a los diez años se armó la primera, era necesaria para ir al colegio. Ahí comenzó su mal humor y desconfianza a los demás, todos querían usarla y hasta hubo piñas con alguno que otro por tratarlo de ortiva.

En la pizzería, el encargado vio que tenía talento para las reparaciones en cuestiones eléctricas y de motores. Le sugirió estudiar en una academia que había allí cerca, Electricidad en Automotores, se inscribió enseguida, en Avellaneda, Buenos Aires.

Su aspecto campesino mejoró notablemente, la naturaleza de todas formas lo había ayudado, ahora tenía un mango en el bolsillo, algo de facha, juventud y se sentía bien. Ya no extrañaba su pago, es más, la promesa de volver una vez al año la tenía descartada, sobre todo por las costumbres sexuales de sus hermanos, el cual lo marcaron para siempre y las apetencias de esas experiencias aunque traumáticas, lo perseguían. A los 22 años dejó la pizzería y encontró trabajo en Motomel como operario

de la instalación eléctrica de las motos. Estaba feliz, salvo la maldita costumbre que lo aquejaba.

Buenos Aires fue toda una emoción en los cuerpos que veía por la calle, en todos lados, de todo género.

Estaba todo perfecto, menos eso. Sus andanzas lo desacomodaban emocionalmente, tenía resacas.

En la fábrica era un excelente empleado aunque todos ya conocían sus costumbres, lo habían visto de casualidad y la bola se corrió.

Motomel presenta quiebra, dependía de la industria china y la pandemia hizo desastre con la importación. Los dueños y toda la parte gerencial abandonan el predio y las oficinas sin decir nada, todos quedan en la calle.

Meses después se arma una cooperativa. Anselmo es nombrado Vicepresidente en clara alusión y acomodo por su intimidad con el presidente que así lo designa. Anselmo se siente muy incómodo ante ésta situación, no sabe por qué razón él tuvo que relacionarse con el ahora presidente en éstos últimos cuatro años, siempre le quiso escapar pero terminaba cayendo, esa fuerza interior que uno no puede dominar, no estaba en tela de juicio hacia él mismo si era gay o no, no le importaba eso, no le gustaba de sí mismo la forma en la que se relacionaba, además su condición de desconfiado lo puso en un estado de alerta constante, hubiera preferido que la empresa pague la indemnización e irse de ahí, pero en época de pandemia todas las puertas para tocar y conseguir otro trabajo estaban cerradas. La cooperativa co-

menzó a funcionar. Todos sabían de éste acomodo pero nadie decía nada, era el vicepresidente.

El presidente a las dos semanas de asumir fallece en un acto de delincuencia urbana. Anselmo es ahora el presidente y el gran tema pendiente a resolver, que era la reducción de operarios queda en sus manos. Intenta postergarlo y ver qué pasa, pero es imposible sostener tanta gente, de sesenta personas solo pueden quedar treinta. No da para más. Sabe bien que si toma la decisión puede salir en los medios y los despedidos contando todos los chismeríos de su vida íntima por ahí, saben dónde vive. Por fin hay que pagar por todas mis andanzas, se dice, ya sabía que todo iba a salir a la luz algún día.

Que no iba a haber otra alternativa que pasar por la vergüenza, en algún momento.

No lo podré soportar, se dice, mi nombre y cara por ahí teniendo que aclarar a los periodistas que me van a perseguir, su desconfianza le tomó toda su imaginación y fantasía, ya estaba instalada en todos sus pensamientos, quizás no pase, pero seguro va a pasar, su cabeza lo convencía cada día mas.

Finalmente en medio de toda su propia locura tomó la decisión, si los dueños anteriores vaciaron la empresa y se borraron voy a hacer lo mismo. Agarró todos los cheques, dinero en efectivo y desapareció. Veía como en los noticieros hablaban de él.

La costumbre equivocada que siempre le hizo creer que la iba a pasar bomba pero siempre lo trató mal, otra vez le volvió a mentir, pero ahora se había ido de mambo, nunca había tenido tanta guita junta y para calmar el

dolor la estaba gastando por ahí en sus más bajas apertencias.

Si hizo el vivo en la zona roja, en Palermo. Ahí no se jode. Apareció colgado de un árbol. Nadie vio nada.

## 2

Alivio a la soledad y en la soledad la tengo, la llevo.  
Tranquilizante amiga, aunque me has demacrado  
seamos honestos, ¿quién no la tiene?  
Díganme la verdad, ¿cuantas veces cumplió con  
nuestro deseo?

Algunas veces lo hizo, allí fue donde nos envolvió  
nos dio el sabor dulce de lo prohibido para  
entusiasmanos  
haciéndonos creer que siempre, pero siempre sería así  
incluso cuando volvimos derrotados, empobrecidos,  
culposos  
nos dijimos: "ya fue, es una boludez,  
siempre lo mismo, hoy no he ganado".

Pero ya sé quién me dio lo que yo buscaba, esos  
momentos fueron lo más  
¿Dónde está que no la encuentro? Fue solo esa persona,  
solo esa  
sí, ya sé, me usó, se burló, maltrató, pero yo estaba  
como quería  
podía jugar a que no me afectaba, total, mi premio lo  
tenía  
Y algo mejor, el recuerdo me lo guardaba, alivio en mi  
soledad dije  
Podía recurrir a él, y él mismo era mi dosis, no había  
que comprar nada.

¿Cuántas veces me identifiqué con un alcohólico?  
Yo que nunca he tomado, drogado, miraba con  
desprecio a los borrachos  
Pero, ¿cómo puede ser que ahora los entienda? ¿Y sin  
tomar una gota?  
A muchos vi prometiendo "¡No chupo más!", y seguían  
tomando.  
Incontables veces, después de volver derrotado y para  
nada satisfecho me dije lo mismo, y volví.

Quizás otra persona también me lo dio, y otra más  
también.

¿Era celeste? ¿Era rosa? ¿Mezclé los colores o no los vi  
bien?

¿Mis ojos me dijeron la verdad?

¿Y mi cabeza? ¿No era que yo pensaba?

¡Me traicionaron! ¡Me mintieron! ¿Son míos o me  
dieron los equivocados?

1990, tengo 42 años, tres hijos, un laburo de mierda,  
una separación, dos carreras abandonadas  
panza, mal aliento, cansancio, bajón, mucho bajón, mi  
hija más grande no me habla  
empecé a sacar una cuenta, de horas y de plata, me  
horroricé, lo mismo que un departamento de dos  
ambientes en capital, que no tengo.  
¡Pero yo quería darme bienestar! ¿No era así?  
¿Habrá sido por esto que no me entraba en la cabeza lo  
que estudiaba?

Dios, que días estoy teniendo, a esta altura vengo a darme cuenta...

¿Quién inventó éste sistema que sale del teléfono y se transforma en imágenes a una pantalla ahora?

¿Se dio cuenta lo que hizo? Yo estoy grande, pero, ¿los chicos?

Ahora va a estar al alcance de todos con un click.

Si yo tuve una vida equivocada y hasta tuve que trabajar para que así sea.

De aquí en más, encima lo tenemos en casa.



### 3

La esencia no se cambia, el fondo que había tocado en su edad tan temprana con apenas dieciocho años, época en la cual decidió cambiar su vida para siempre, ya que estuvo a centímetros de la hoguera por haber sido el servidor oscuro de sacerdotes, fabricar y venderles brebajes alucinógenos para satisfacer sus instintos más bajos y además robarles, pudo no caer en manos de la justicia de aquel momento por ser el hijo de la familia que más poseía tierras, ganados y allegada al gobernador, así y todo con toda su influencia tuvieron sus padres que desenvolver casi toda su fortuna para que no lo mataran y también ceder al pedido de que Noel fuera desterrado, y del otro lado del océano.

Allí la familia lo llevó y abandonó para siempre por todo el daño causado, no querían saber más nada con él, sus progenitores hubieran perdido todas sus relaciones y negocios si seguía estando con ellos.

Noel se encontró con apenas algo de ropa, unas monedas y abandonado.

Lloró día y noche, sufrió hambre y frío, aprendió a pescar con sus propias manos para poder comer, a hacer fuego, a construir su propia choza y conoció el arrepentimiento. Dios le habló en sueños y le dijo: "Para entrar en mi reino y tener una nueva felicidad, la que nunca has vivido, tengo una misión para ti, robarás el oro de aquellos a los que yo te envíe por haber sido estafadores y usureros, irás al pueblo donde yo te diga y contratarás

a todos los que están sin trabajo y los pondrás a fabricar juguetes, serás un jefe amable y te daré el poder a ti y a tus renos de volar una vez al año y repartir todo lo que has fabricado solo por la pura felicidad de mis hijos más pequeños, si tú no te desvías de lo que te he enviado serás glorificado en la tierra e idolatrado hasta el fin de la humanidad, serás el Rey de los niños y nadie ocupará tu lugar”

Así Noel comenzó su nueva vida y cumplió con lo que Dios le dijo y le seguía diciendo en sueños. Se enamoró de una hermosa mujer, se casaron y tuvieron dos hijos. Nadie en la ciudad sabía quién era él, creían que era un fabricante de juguetes que los vendía en otras tierras, nadie sabía que era un ladrón de aquellos que más robaron, hasta que un día alguien dejó en su casa una carta dirigida a su esposa. “Noel es ladrón de aquellos que gobiernan para el pueblo, de las iglesias que transmiten la palabra de Dios a su gente, es guiado por el maligno Luzbel, fue abandonado por sus padres en estas tierras por envenenar y violar sacerdotes, pregúntele, él no lo negará”

Noel trató de explicar a su mujer que era guiado por Dios, la historia de su adolescencia y que se había arrepentido, pero ella marchó con sus hijos y nunca volvió a verlos.

Otra vez se encontraba abandonado por su familia, insultó a Dios y él ya no volvió a hablarle.

La esencia no se cambia, escribí al comienzo, los malos pensamientos que Dios le había quitado volvieron a aparecer y a llenarlo de ideas, pensó... los sacerdotes pagaban muy bien por el brebaje y por satisfacerlos, ya

no puedo seguir robando a los más ricos aquí, me persiguen, me descubrirán y ésta vez sí me quemarán. Tomó todas sus monedas de oro y se marchó, abandonó a todos sus empleados y no se lamentó por ellos, pensando: "Los he tratado muy bien sin que se lo hayan merecido. Ya he pasado a la historia, hice feliz durante quince años a los niños, me han visto volar, tengo la gloria, nadie ha sido como yo, ahora voy a drogar y sacarles todo su dinero a todos esos que dicen ser mensajeros de Dios, manga de inútiles, yo soy el verdadero Rey de la Justicia, tengo la mejor droga y el Poder es todo mío, no necesito a ningún Dios"



# Juan Juri

“A ella le gustaba el mar, andar descalza por la calle, tener hijos, hablaba con los gatos atorrantes, quería conocer el nombre de las constelaciones; pero no sé si es del todo así, no sé si de veras se la estoy describiendo –dijo el hombre que tenía cara de cansancio”.

Abelardo Castillo

## Dos, uno, dos

Eran el agua y el aceite. Eran tan distintas entre sí. Pero el hijo era uno. La enfermedad era una. La fiebre era alta y las esperanzas bajas. Valeria consolaba al niño y Romina culpaba al mundo.

Habían vencido los prejuicios, ella tan atea y la otra tan musulmana. Pero el niño no parecía poder vencer la muerte. “La fuerza no se hereda, se aprende”, pensó Romina.

Eran muy distintas. Y aceptaban la reacción de la otra. En el fondo, sin embargo, Valeria pensaba que Romina negaba y Romina, que Valeria no entendía.

El niño cerró los ojos y se fue. La injusticia sin culpable pero con una víctima de seis años. Para ambas fue duro. Pero se tenían.

Era hora de levantar la frente y seguir, sin pecar de olvidar, pero seguir, porque la muerte es un instante y la vida son muchos.

Resolvieron que lo mejor sería emprender una mudanza, dejar atrás la casa con dos cuartos y achicarse. Era más que cambiar de aire. Era aceptar las cosas como son.

# Homo sapiens

Las orgías siempre me dieron hambre. Aquel día estaba tentado de un pavo relleno, comida típica de los ex Estados Unidos de los siglos XIX y XX. Casi trescientos años más tarde, estaba saciando mi estómago con aquella tradición presapiensial. “Los conocimientos actuales y los placeres pasados” solía decir mi compañero de orgías, Carlos Suárez. En lo personal, había adquirido un especial apego a la comida india del siglo XII y a las experiencias sexuales en números impares.

Pero, ese día, mi antojo fue por lo norteamericano. Y fue mientras comía que me vi a mí tal como era. En un mundo donde se había alcanzado todo conocimiento, yo había adquirido uno nuevo. El primero en los últimos cien años de la humanidad. Claro que, el autoconocimiento es algo tan personal que puede no ser considerado como un saber. En mi cabeza lo era. Al nacer se nos introducen, vía sanguínea, todas las verdades del universo, y yo, rebelde, descubrí una nueva. Y con ella, o mejor dicho a partir de ella, una segunda verdad, que, ahora sí, era universal: la humanidad todavía no conoce todo. Un hecho tan potente, tan grande que pondría en jaque a todo el sistema en el cual vivíamos. Quedarían relegados los placeres, acaso lo único a lo cual aspirábamos, para ponernos en búsqueda de aquello que, por primera vez en un siglo, ignorábamos conscientemente. ¿Cuál era mi deber? ¿Decirlo? ¿Callarme y ser un ignorante feliz? Por lo pronto debía retomar mi pavo relleno,

para no generar sospechas, hasta que tomara una decisión.

Después de llenarme, vomitar y volver a llenarme, volví a mi casa, sin ánimos de ningún otro encuentro hedonista. No podía dormir tampoco. La situación era confusa. Mi tesis era muy fuerte pero el argumento era débil, no había forma de compartirlo, puesto que nadie puede experimentar que yo haya conocido algo (o todo) de mí que hacía un día atrás no conocía. Mi próximo paso era claro, buscar una verdad ignorada que fundamente con más fuerza aquel descubrimiento revolucionario. No sabía dónde buscar. Si sabía que no en mi cabeza, porque ahí estaba todo el conocimiento. Debía ver que se le escapaba al inconsciente colectivo.

Tomé varias hojas y un lápiz. Titulé "búsqueda" y comencé a escribir preguntas. Ya iba más de doscientas, todas contestadas, cuando descubrí algo nuevo de mí. Descubrí que disfrutaba esa tarea, que me generaba más placer que nada en el mundo. Descubrí que era curioso, un adjetivo de la era presapiencial.

Y esa verdad fue más revolucionaria que las otras, porque puso en jaque mi sistema. Quería dedicar mi vida a la curiosidad, sin saciarla, pero dándole pequeños bocados. La solución, la única solución que encontré, fue con los banquetes, no en la comida en si misma, sino en el vómito. La única forma de seguir comiendo era vaciando el estómago. La única forma de seguir conociendo era vaciando la cabeza. Dejé las hojas, tomé el lápiz y utilicé por última vez los saberes universales para practicar una lobotomía.



Al día siguiente desperté en un mar de sangre, sin entender nada y muy feliz por ello.

## La apuesta final

“Abrime que estoy abajo, tengo planes con vos esta noche”, decía Rodrigo en un mensaje que mandó a las 2 de la mañana. Lucía se puso nerviosa, deseaba haberse ido a dormir más temprano, no haber visto ese mensaje. La televisión la entretuvo y se vio obligada a contestar. No confiaba en Rodrigo, consideraba que era de esas personas que relativizaba su adicción al juego. Para Rodrigo, la adicción era una línea que trazaban los psicólogos de forma caprichosa, sin criterio ni rigor científico. Esas palabras sonaban en la cabeza de Lucía cada vez que Rodrigo le ofrecía de hacer algo. Ella nunca decía que no y cuando se adentraba en algo, lo hacía con todo su cuerpo, hasta poder alcanzar la excelencia. Ella suponía que eso le daba su predisposición a las adicciones y también el éxito en sus emprendimientos.

Se vistió, se lavó la cara, se miró al espejo y vio su pálida cara, aún joven a pesar de los estragos de la vida que había llevado, con sus características pecas y su delgadez heredada de su adicción. Lo único gordo eran los dedos que resaltaban en su figura escuálida y de metro sesenta. Solían sorprender a los hombres en la intimidad con esas manos. Incluso, para ella, muchos se desmotivaban. Y a ella, pensar en su vida sexual, la desmotivaba. Porque era el ámbito donde todavía no había encontrado la excelencia. Así como sus dedos, su vida sexual contrastaba.

Bajó y lo vio a Rodrigo cruzando la calle, en Parque Centenario, en remera y bermudas, ignorando completamente el frío una noche de invierno porteña.

—Tengo que contarte algo -le dijo Rodrigo.

—¿No podía esperar a mañana? ¿O por teléfono?

Rodrigo no la escuchó, la tomó de la mano y la sentó en un banco. Lucía no pidió más explicaciones sobre el horario, entendió que Rodrigo era tan decidido como ella, pero sin conciencia.

—El tema es así. Tengo data. Pero buena data, de un amigo. Va, del primo del amigo de un amigo. Parece lejano, pero yo lo conozco al tipo, es de confianza, me lo crucé en algunos cumpleaños y siempre hubo esa buena vibra que no tenés con todos. Yo sé confiar. Confío en vos por ejemplo, ¿no? Y vos confías en mí, ¿no?

—No me está gustando nada esto. Aparte, mañana laburo, tengo que ir a la Bolsa temprano, necesito dormir para estar concentrada. Vos no sabés cómo es mi laburo, pero una acción que compras mal, y te quedaste en la calle.

—Es que de eso te vengo a hablar, de tu laburo. Tengo un dato que nos va a hacer vivir la buena vida.

—Rodri, yo ya vivo la buena vida. Y estos datos nunca son confiables ¿Te acordás cuando me viniste con la de la máquina del Bingo de Avellaneda que daba ganadores cada 124 intentos? Perdí un montón de guita.

—Esa fue mala mía. Perdimos los dos. Pero esto no es una apuesta, es una inversión le dicen.

—Ponele...

—¿Qué?

—Nada.

— Dale, decime.

— Me vas a juzgar.

— ¿Yo?

— Sí, tenés razón. Justo vos, no. El tema es así. Me di cuenta que amo mi laburo porque en el fondo es seguir apostando. La gente piensa que estás invirtiendo, pero eso es para quedar bien. La Bolsa es como jugar a la ruleta. Y yo soy adicta.

— No me vengas con eso de las adicciones. Como vos decís, amás tu laburo y tenés la buena vida. Eso es impagable, amiga.

Lucía se quedó pensando. Por un lado, era la primera vez que reconocía que no había abandonado el vicio. Por otro, lo que decía Rodrigo tenía sentido, mucho sentido para ella.

— En fin, -continúo Rodrigo- esto que te vengo a proponer no es una apuesta. Porque, como te dije, tengo data. Tampoco es una inversión. Es ganar plata de la noche a la mañana. Es una oportunidad única.

— No te quiero desilusionar Rodri, pero estas cosas no funcionan así. La data tan exclusiva no la suelen tener chicos que aparecen a las dos de la madrugada en Parque Centenario.

— ¡Pero Lu! El tipo este que te digo, que es de confianza, labura en un laboratorio. Va, le provee materiales. Y me contó que, escucha, tienen la vacuna contra el SIDA. Uno de acá, de Argentina. Y vos sabés como funciona esto, que apenas se sepa, se corra la bola, las acciones se van al carajo.

— ¿Y por qué este tipo te habría de contar a vos?

—Se le escapó. Me lo crucé en un bar, estaba doblado y se le escapó. Y como yo era el único que estaba sobrio, fui el único que entendió.

El corazón de Lucía empezó a latir con fuerza. Se entusiasmó con la idea de ganar mucha plata. Ella siempre había visto a otros ganar mucha plata gracias a lo que ella hacía. Esta vez era su momento de dejar de vivir de comisiones, se protagonista.

—Mira Rodri, yo tengo unos pesos ahorrados para eso. En realidad, son para una operación de mi vieja. Pero si vos me decís que esto es seguro, viene bárbaro, porque la puedo operar a mamá en un cinco estrellas y, de paso, cambio el auto, me mudo a algún depto más importante.

—Lu, esto es seguro. A tu vieja la operamos en Dubai si querés, porque esto es seguro y mucha guita.

Lucía y Rodrigo siguieron hablando por horas sobre qué iban a hacer con la plata. Salió el Sol y Rodrigo la despidió pero antes le dio una mochila que tenía con la plata para su parte. Era más de lo que Lucía pensaba que él podía tener. Lucía, subió a su departamento, se duchó bailando, se vistió, tomó el dinero de Rodrigo y el de la operación de su mamá y fue rápidamente a la Bolsa.

Allí buscó al laboratorio que la iba a hacer rica. Puso su dinero y fue a la oficina a presentar la renuncia. Su jefe, que siempre le había tenido cariño por haber llevado buenas ganancias a la empresa, quedó sorprendido y le deseó lo mejor.

A partir de ese día, Lucía empezaba y terminaba su día revisando el valor de las acciones que compró, sin que variara mucho. A ella le parecía que seguramente toda-

vía no había trascendido lo de la vacuna, que era un secreto muy bien guardado. Con Rodrigo hablaba todos los días, se mandaban links de departamentos de lujo, autos, viajes.

Tres semanas más tarde, recibió el llamado del doctor de su madre. Los últimos estudios habían salido mal y la operación pasó de ser prioritaria a urgente. Esto inquietó a Lucía. Ya no disponía del tiempo, ahora tenía una fecha límite. Llamó a Rodrigo que se sorprendió con el cambio de actitud de su socia. Ella, durante la llamada, pasó de preguntarle por la vacuna a insultarlo por aprovecharse de ella. Rodrigo le cortó y le pidió que no la llame más, no hasta que no tenga novedades de las acciones.

Lucía se desesperó. Empezó a buscar información del laboratorio por internet. No tenían web, solamente una dirección en microcentro sin ningún teléfono. Aparecían inscriptos en AFIP correctamente, eso tranquilizó a Lucía un poco. En ese momento se dio cuenta que este trabajo lo debería haber hecho antes de comprar. Se insultó y siguió buscando. Encontró una noticia vieja, corta y sin muchos detalles, pero involucraba al laboratorio en una causa de corrupción. Según la nota, el laboratorio era una empresa fantasma. Se levantó y fue corriendo al baño a vomitar. Lo hizo varias veces y cayó desmayada.

Se despertó con el sonido del teléfono. Ya era un nuevo día. Atendió y era el médico de su madre pidiéndole un día esa semana siguiente para la operación. Ella, sin escucharlo, le preguntó por el laboratorio. El doctor le dijo que era unos delincuentes y le contó con detalles el caso

de había leído la noche anterior. Volvió a vomitar y a desmayarse.

Se levantó dolorida y sucia. Presa del pánico, fue a lo de Rodrigo. Tocó timbre, subió y entró a los golpes. Lo insultó gritando. Rodrigo, paciente, esperó a que terminara y le preguntó qué pasaba. Ella le contó todo. Rodrigo se quedó pálido. Fue a la cocina, agarró un tequila y empezó a tomar. Lucía lo acompañó. Ambos se pasaron los siguientes dos días bebiendo el alcohol de Rodrigo sin hablarse.

Al tercer día, Lucía propuso ir al Bingo de Avellaneda. Fueron en su auto, lo empeñó junto con su celular y se dispuso a recuperar la plata para la operación. O al menos así se trataba de convencer, pero ella en el fondo sabía que no era por eso.

Fueron otros tres días de casino. Ganaron y perdieron. Se terminaron yendo con las manos vacías. Se subieron a un taxi, fueron hasta lo de Lucía y abandonaron el coche sin pagar. Al subir, Lucía tenía un mensaje en la máquina. Era el médico de su madre contándole que ella había fallecido.

Lucía miró a Rodrigo, lo besó y, en el climax del beso, lo tomó del cuello. Lo ahorcó hasta que este perdió las fuerzas de sus piernas. Ya en el piso, Lucía siguió ahorcándolo hasta sentir como su vida se escapaba por la garganta. Vio al cadáver de su socio y vio la hora. Ya era de noche, y lo único que podía hacer era irse a dormir.





# Lucas Itkin

"Sigo el consejo de Chejov, en el que creo absolutamente: dejar de lado el contenido de lo que dice el personaje para atender a cómo lo dice; mirar del personaje cómo se mueve , cómo camina, cómo se calla, etcétera."

Hebe Uhart

# El descubrimiento del libre albedrío

La vida para Joel recién comenzaba.

Terminó la secundaria y se encontraba en sus vacaciones de verano, a punto de comenzar el trabajo como empresario administrativo que siguen los alumnos del colegio x luego de finalizar sus estudios.

Estaba contento, ya que por fin iba a librarse de profesores que no le agradaban y cambiar de entorno. Ansioso por conocer a su nuevo jefe y con él las nuevas reglas que iban a definir su vida, pasaba gran parte del descanso de clases imaginando su futuro.

Las vacaciones eran en las costas del polo sur. Unas playas abiertas de arenas limpias, con un mar calmo y sin viento a las que el colegio llevaba a sus alumnos cuando por fin terminaban el secundario, allí se les dictaba sus primeras instrucciones para el comienzo de la vida.

Desde lejos se podía observar a aquellas playas teñidas de gris debido a la cantidad de uniformes de verano de colegio que llevaban los alumnos y si uno se acercaba más, notaba como todos, al igual que Joel, se quedaban bajo las sombrillas individuales, acostados en sus reposeras, probablemente con la mirada perdida, imaginando el futuro administrativo de oficina, fantaseando sobre la continuación de sus vidas.

El colegio al que Joel iba era muy prestigioso, ya que de ahí salían los empresarios administrativos que eran los

que en la sociedad ganaban más dinero. Este, se le dictaba a cada niño según la suma de dinero que ganase la familia, por eso Joel, de padres ambos secretarios, fue a ese colegio. Era un sistema que quienes mandaban en los países, se jactaban de que todo solo podía ir cuesta arriba. Y así era. Nunca faltaba comida, nunca había motivo para no ser feliz. O al menos eso era lo que Joel, al igual que sus compañeros pensaba.

Un nuevo día comenzó en la residencia veraniega del colegio x y Joel por algún extraño motivo se había despertado antes que de costumbre. Sabía él que nada podía hacer al respecto, ya que levantarse a las 7 era parte de las reglas que le enseñaron, y si uno lo hacía antes, debía recordar la que decía: "en el colegio x los alumnos amanecen a las 7 de la mañana, almuerzan a la una del mediodía y duermen cuando se les diga." así que no tuvo más opciones que quedarse despierto pero con los ojos cerrados, fingiendo que dormía hasta que se haga la hora de levantarse. A su lado y arriba habían dos compañeros más; Tomas y Lucas, con quienes mantenía una relación neutra pero que entre ellos se agradaban porque procedían del mismo barrio y sus familias eran amigas. Al cabo de un rato, Se hicieron las siete y sonó la melodía de la mañana que anunciaba que ya era hora de levantarse. El día había comenzado. Joel, inhaló profundamente aire y de un salto salió de su cama. Mientras que a sus compañeros les costó un poco más porque claro, recién se levantaban. Se lavaron los dientes y se pusieron el uniforme. Listos para empezar el nuevo día de aquel verano que tanto habían esperado y que tanto prometía.

Cuando se hicieron las nueve, la hora de ir al comedor a desayunar, Joel al igual que todos los alumnos que estaban en el edificio, formó una fila perfectamente alineada en la que su lugar, 34vo se debía a su número de apellido. Cuando el profesor, mr Jones apareció con sus gafas y el pelo engominado como acostumbraba a llevar, se dio por comenzada la hora del desayuno. Los alumnos sin perder el orden de la fila, se dirigieron hacia el comedor. Allí se servía como en los años anteriores del colegio; tostadas con huevo, café con leche y una papa. Desayuno que al principio mucho no le agradaba a Joel pero que con el tiempo, a su gusto se supo acostumbrar y ahora digería sin problemas. Pero aquel día surgió algo fuera de lo común. Algo que cambió la vida de Joel para siempre.

Resulta que cuando le sirvieron su desayuno y fue a sentarse en el lugar que le correspondía, (y tras comerse como hacia siempre, primero la tostada con el huevo arriba), le dio un mordisco a la papa y notó en su sabor algo extraño. Fue en ese momento cuando confundido por el inesperado gusto de aquella Solanácea, la miró girándola y tras ella se encontró con que la papa tenía una protuberancia sobre su piel la cual se extendía como si de una planta se tratase. Inmediatamente y sin pensarlo, escupió la papa, pero por una cuestión del momento que no comprendió del todo, no le hizo saber a nadie sobre el incidente. Sino que trató de ocultar lo que le había sucedido. Se guardó lo masticado junto con el resto de la papa en su bolsillo y la mantuvo allí durante todo el día.

Al caer la noche, luego del almuerzo y de la cena que digirió con dificultad, fue a su dormitorio, como todos los residentes de aquel campus y dejó la evidencia dentro de la cama.

A las 22 se apagó La Luz y todos se acostaron en sus respectivas camas. Pero Joel, a diferencia del día anterior, no era siquiera capaz de cerrar los ojos. Aquella papa había ocupado la totalidad de sus pensamientos y dudas que los días anteriores habían servido para darle forma a su futuro. Cualquiera que lo hubieses visto por primera vez habría notado que había algo raro en él. Estaba cambiado.

Fueron pasando las horas y, Joel aunque intentaba cerrar los ojos y fingir para llamar al sueño, seguía despierto. Hasta que se hicieron las cuatro de la mañana, cuando de pensar no aguantó más y decidió salir a deshacerse de aquella evidencia que por un motivo desconocido, tanto lo perturbaba. Fue al jardín de la residencia e hizo allí un pequeño pozo en el que enterró el cadáver. Pero para mala suerte suya, uno de los guardias lo vio y acto seguido se acercó hacia él.

Lo que sigue nadie lo sabe. Joel no volvió a aparecer por el campus al igual que las vacaciones. Y por más de que no hubieron rumores entre los pasillos, o minuto de silencio en honor a él, a día de hoy se mantiene en pie en el jardín la planta cuya papa, enterrada a unos centímetros bajo la tierra, marcó el destino de lo que alguna vez fue un joven chico lleno de anhelos y sueños llamado Joel.

## El día que conocí a Lorena

Por fin llegamos. Cuando desde el principio de la cuadra vimos la casa, los dos quedamos frenados. Era una de las más lindas a las que nos habían invitado y lo mejor era que íbamos a una fiesta.

Frente al portón hacían de guardias dos pibes robustos que tenían pinta de tener por lo menos 4 años más que nosotros. Al acercarnos nos miraron.

— Venimos a la joda de Tomas. Le dijo mi amigo a uno de ellos.

— Yo soy Felix Gutierrez y él es Joaquin Gibran, estamos en la lista.

El gigante de figura tan imponente sacó de su bolsillo un bloc de notas que le quedaba demasiado chico para el tamaño de sus manos, lo que lo hacía verse todavía más enorme y con un aire un poco de tonto. Buscó nuestros nombres y luego de encontrarlos, nos invitó a pasar. Cuando entramos lo primero que nos sorprendió a mí y a Félix fue la cantidad de gente. En aquel lugar habían tantas personas que la casa, contrariamente a cómo se veía desde afuera, parecía un monoambiente en microcentro. todas bailaban al compás de una fuerte música cuyo ritmo hacía vibrar las paredes.

— ¡No sabía que a nuestra facultad venia tanta gente! -gritó Felix casi a mi oído. Le contesté que yo tampoco pero no llego a escucharme.

Entonces comenzamos a abrirnos paso entre la descontrolada multitud hasta que llegamos al jardín, donde ha-

bía un poco más de espacio. Allí lo encontramos al dueño de la fiesta, Tomas, que estaba hablando con un grupito y nos acercamos a saludar. Él, que siempre fue un pibe de muy buena onda nos recibió con un abrazo a cada uno como solía hacerlo y presentó al grupo con el que hablaba.

—Les presento a Rodrigo, el chabón más loco que van a conocer en su existencia, Lorena que es como mi hermana y Joaquín que....

Buen, a partir de ahí dejé de escuchar. Pero eran un par más que parecían buena onda y que salude con la mejor. Me desconcentré porque note que cuando Tomas me la presentó, Lorena me lanzó una mirada electrizante que me hizo recordar a las descargas que me daba de chico cuando de curioso me metía a tocar las herramientas con que trabajaba mi viejo. Todavía recuerdo la primera. Fue con un cable pelado que toqué cuando estaba enchufado. Me provocó una quemadura la yema de los dedos por la cual estuve llorando como un día entero. A partir de ese día me jure a mí mismo jamás volver a entrar en el taller. Lógicamente no cumplí mi promesa, ya que mi padre siempre necesitaba ayuda y yo no podía negarme. Así que la vida fue trayendo consigo más descargas de distintos lugares y diferentes ocasiones las cuales hicieron que en mi exista cierta tolerancia y hasta placer al recibir una cuando sabía perfectamente que no debía hacerlo porque es peligroso.

Aquello que en ese momento se generó en mí bajo la mirada de Lorena fue algo parecido. Me vi caminando en

la cuerda floja entre el placer y el dolor que a veces tanto buscaba cuando me sentía mal.

Y Entonces decidí hablarle. Cuando Tomas hubo finalizado de presentarme a su grupo y luego de intercambiar unas palabras con ellos, me acerqué directamente a ella que con un amigo se había apartado un poco y terminamos los tres hablando como media hora. Después de un rato, él terminó yéndose porque había gente que lo buscaba. Y en ese momento supe aprovechar mi oportunidad y me acerqué todavía más a aquella chica que tan desconcertado me tenía desde la hora que había pasado cuando que la conocí. Con preguntas de lo que se conoce como chamuyo básico que me había enseñado mi primo hacía tiempo, logré que entablemos una conversación y cuando ya los dos habíamos respondido a ese interrogatorio introductor, ella quiso saber un poco más de mi persona y me preguntó sobre mis gustos. Bien sabía yo que ese era un tema decisivo porque los gustos en común son lo que al final genera en dos desconocidos cierto interés y yo quería que Lorena se interesase en mí. Pero por otro lado hablar de ello casi nunca me resultaba favorable; Siempre que intenté hacerlo, mencionando los libros que más me gustaban, la gente optaba por obviarme e irse. Pensé en mentir, pero volví a ver su mirada y comprendí que con aquella chica no quería solo caer bien para "ganármela", su mirada tenía algo que no terminaba de comprender, que me atravesaba y me dolía pero a la vez me dejaba con ganas de más.

Me vi sin otra opción que la de seguir mi propio instinto, ¿qué otra cosa podría haber hecho sino? Le contesté que me encantaban los libros e hice un breve recorrido por



los autores que más me marcaron, explicando el porqué de una forma tan profunda, no tanto por el contenido de lo que decía sino por la manera en que me expresé sobre los mismos, que generó en ella todo lo que hubiese imaginado que generaría desde la casa de Félix cuando ya nos hubiéramos ido y esté yo en su habitación mirando por la ventana con insomnio preguntándome qué hubiese pasado si no le habría mentado.

Ella puso una cara de sorpresa y en el microsegundo que pasó de silencio, sentí un poco de vergüenza y hasta de desprecio por lo que había hecho, pero rápidamente se fugó todo eso cuando Lorena me dijo que estaba sorprendida porque pensaba ser la única en toda la facultad que creía en que pocas cosas se asemejaban al placer de disfrutar una buena pieza de literatura, con la ventana abierta y bajo la luz de la luna. Me contó también que era parte del centro de estudiantes y le dije que me resultó raro no haberla visto en la facultad antes.

A partir de ahí la conversación fluyó. A medida que intercambiábamos nuestras ideas, más conectado me sentía con ella. Cuando lo creí oportuno, le dije de irnos a un costado donde habían unos sillones de cuero marrón. Y allí le termine contando sobre el accidente que tuve años atrás cuando a la madrugada de una noche como cualquiera me robe el auto de mi viejo y choqué, quedando internado gravemente en el hospital. Note que se sorprendió. Me dijo que le dio pena. Y cuando me levante la remera para mostrarle la gran cicatriz que quedó sobre mi torso, ella quiso saber si la podía tocar.

Después de un rato su mano seguía en el mismo lugar, solo que ya no estábamos hablando, sino que ahora nos besábamos.

Besar a alguien en una joda, si bien parecería lo más normal del mundo, es una de las sensaciones más extrañas. Uno, permanece todo el tiempo con los ojos cerrados, sintiendo otra boca mientras que en el exterior hay toda una situación transcurriendo. Terminas entrando como en una especie de trance, lo asocio como si fuese un estado de meditación en el que ambos, yo y con quien me estoy besando viajamos a nuestros interiores, yo al mío y al de ella y ella a su vez, al suyo y al mío. No sé, es difícil de explicar.

Me fui de la joda contento, había conocido a la chica más hermosa que había visto nunca y no podía esperar a cruzarmela en la facultad para invitarla a alguna día salir, aunque no sabía muy bien a donde llevarla...

Tres meses pasaron desde esa noche y hoy tras haber salido con ella varias veces y conocerla mejor, puedo afirmar todo lo que pensé aquel día bajo los efectos de la felicidad en la que me encontraba sumido; hoy como en esa fiesta que la conocí, me siento nervioso y feliz ya que cuando Lorena me pase a buscar por mi casa para ir al cine, le voy a preguntar si quiere ser mi novia.

# Marcos Irade

"A algunos les han quitado las ganas de hablar, / pasan mudos por el amor, aman perros vagabundos / y tienen una piel tan sensible / que nuestros pequeños saludos cotidianos / pueden producirles heridas casi de muerte. / Nosotros, seres amables e inofensivos, / miramos los gatos enfermos, las mujeres con collares / que pasan por la calle / y sentimos un desamor agradable, / casi suficiente."

Juana Bigozzi

## Conversaciones de crematorio

Fede: “¿Qué bicho viejo murió ahora? Habrá sido una de las criticonas, que tomaron posesión del parque, esto pasa cuando sumas veinte años de arrogancia”, atinó en voz alta, ayudándose con un gesto de mano abierta.

Lucas: “Yo escuché ladrar a los perros”, comentó alguien de atrás.

Fede: “¿Y con eso qué?”

Lucas: “¿Cómo?”, preguntó asombrado, como si hubiese tirado basura reciclable al cesto de bolsa oscura. Todas las abuelas de barrio aseguran, que a pasar algo así, se revela la verdadera identidad del fallecido.

Fede: “¿Si la carne desalmada es jugosa?”, interrumpió con una sonrisa sobradora.

Lucas: “Ladran la partida de su amigo canino. Ellos descubrieron a un perro vestido de humano. Todo depende del animal que lamente su ausencia”, resumió en una frase.

Fede: “No tengo tiempo para prestar de mi atención a tus supersticiones, el próximo en cremar es mi papá”.

Lucas: “¿Y sabes cuál es la mejor parte?”, prosiguió, haciendo caso omiso a las interrupciones burdas. “Dentro del cajón se transforma”.

Fede: “Lo mejor que hicieron fue transformarlo en cenizas. Ahora es el turno de mi papá, espero que sea rápido, es mi deber eliminar a los pesimistas de este mundo, alejan la luna de nuestras manos”, sentenció.

Lucas: “¿Escuchas eso?”, le pregunta Lucas. “Hay conejos y moscas llorando por él”.

Fede: “¿Pero cómo?”. Lo frena movilizándolo. “¿Mi papá qué es?”.

Lucas: “Cenizas”, respondió, ahora fue su turno, hacer uso de esa sonrisa.

## Mi vida, mis lentes

Sos difícil. Pero, ¿sos difícil o te hacen ser así? Cuando abro esa puerta decidido a encontrarte, te veo en tantas otras formas, tamaños, brillos que ya no recuerdo como te quería. Desde muy chico quise que seas parte de mi vida, parecía algo innecesario, pero te quería. Recuerdo la primera vez que hicimos contacto, me convertiste en un nene feliz, tenes ese poder en los chicos. Contigo ya no me miraban igual, pero eso no me importaba, ellos no lo comprendían. Siempre fuiste de fiar, viste todas esas escenas pornográficas conmigo, otro no hubiese aguantado. Te comiste cualquier tipo de golpe, que otro ya se hubiese roto. Viviste para mí.

Con el tiempo te fui cambiando, nunca te abandone, solo fui probando. Nada en la vida es para usarse siempre, solo el sexo tiene el poder de romper esta regla.

Fuiste paciente, supiste esperar el momento para volver. Te di un abrazo con mucho amor. Lo merecías, tenemos historia. Pero espero que quede solo en eso, en un abrazo. Uno cálido y familiar. Ya crecí, ya no soy más ese niño deseoso de sentir tu frío metal. Comprendí que, en otras personas haces el bien, los complementas, hasta te poseen en distintas formas y colores. Pero a mí, ya no. Hice el intento de revivir lo nuestro pero me pesabas. Trate de acercarme, pero tu contacto me dio escalofríos. Estábamos distanciados, y cuando eso pasa es porque queremos cosas distintas. No porque nos odiamos, solo somos o buscamos ser diferentes.

Hay que aprender a vivir con eso. Abrazos, siempre.

## Mi nariz

Te haces llamar nariz de halcón, pero para mí sos “la fea nariz”. Nunca me gustaste, nunca me sentí parte tuya. Entraste por herencia. Igual a la de mi madre mi abuelo, después de eso no tengo idea donde comenzaste. Pero no tiene importancia, de todos los hijos y nietos yo te cargo. ¿Será casualidad llevar el mismo nombre del padre de mi mama? Espero que sí, sino hoy mismo me presento en el congreso de nombres para pedir un cambio. Sufrí gracias a vos. En mi época, los chicos no eran conscientes del poder de la palabra, algo que hay, gracias a los locos está cambiando. Imagínate el diccionario de apodos que inventaron en tu honor: “narmazonicas”, “nariz de búfalo”, fueron los más buenitos. Ya tengo el pecho agujereado de esas balas. No fuiste vos la que te bancaste todo eso, siempre te sentiste cómoda.

Sin embargo, la vida te regala un reencuentro, una revancha. Yo, la tuve. Pero esta vez viniste desde otro lado. No eras la orgullosa y fuerte que siempre te mostrabas. Reflejabas extraña belleza, yo definiría tranquilidad. Enseguida comprendí ese sentimiento de comodidad tuyo. No era de chica adolescente, era de una madura y erguida mujer.

Fue entonces cuando admire tu belleza peculiar. Solo los que tengan ojos bien puestos sabrán adular. Porque hermosa eres, de eso no tengo duda. Solo tengo un pedido personal, que mis hijos no carguen con vos.



# Cuando un no, se transforma en sí

No sé si es mi imaginación, pero las bibliotecas de mi casa parecen interminables. Desde Borges y Cortázar hasta Piglia. Todo mérito de mi madre, la soberana.

Para ella son su orgullo, para mí un tormento. No siento los pelos de mis huevos cuando abro uno de esos. En la noche, paso horas admirando su lomo, su figura.

El aroma a papel madera, me hace sentir en medio del paraíso que, algunos presumen de su existencia. Pero no más, solo observo, no leo. Hay q ser digno, así dice ella. Sin embargo, si ahora estoy escribiendo esto, no es para dejar grabado en el recuerdo, la historia de un pobre nene que, no siguió su pasión y terminó como estampador en la agenda de correo más aburrida. Sino para relatar el suceso, el libro, o mejor aún, la frase que cambió mi vida.

Paso rara vez que olvidó sobre el escritorio un recuento de textos kafkianos, de esos que venden en los diarios. Desde lejos podía apreciarse su belleza. Intenté observar, pero me fue inhabilitado, había una barrera contra estúpidos. Sus rojos anteojos, los que usaba para lecturas especiales, fueron dejados sobre él. Esto ya era sobrenatural, los anteojos de lectura no, antes muerto. Un libro, anteojos y un escritorio nunca pude apreciar todo, en un mismo lugar. Por eso habrá sido tal vez, que no aguante y quité el muro que nos separaba. Noté unos

ojos pícaros, de aquel que había escrito todo lo que tenía bajo sus espaldas. Lo miré y me miró, conectamos. Sus ojos me decían una única cosa, léeme.

Nunca me sentí tan seguro de algo, no importaba mi madre o que yo sea un idiota, todo eso ya no interferirá entre el libro y yo. Todas esas sensaciones que recorrieron mi cuerpo, aquel instante, al pedo contar, lo concreto es que comencé con un texto llamado “Ante la ley” (parecía preparado de antemano).

Ya adentrado en la trama del cuento, en ese pobre hombre desesperado por entrar a un lugar que había imaginado accesible. En el guardia, firme en su puesto defendiendo la ley, era el primero de muchos otros. Dentro del texto subraye una frase: “Pero cuando mira con más detenimiento al guardián, con su largo abrigo de pieles, su gran nariz puntiaguda, la larga y negra barba de tártaro, se decide a esperar hasta que él le conceda el permiso para entrar”. Yo no seré como aquel hombre que dejó pasar toda una vida sin saber si la ley era para él.

# Roberto Giovenetti

"No saben lo que se pierden. No saben cuánta libertad están perdiendo. Yo pienso, y lo he dicho varias veces, que es cada vez más difícil escribir literatura seria hoy."

César Aira

# Ingrid

Se levantaba todos los días a las 7.30 añorando los tiempos en que lo esperaba una fría oficina. Esos pasillos largos le recordaban el camino hacia un lugar que nunca se alcanzaba. Tenían muchas curvas, cambios de dirección repentinos que confundían hasta la persona más experta en ese auténtico laberinto. Lo arduo no terminaba ahí. Había que bajar cuatro pisos de escaleras, con un ascensor que a menudo no funcionaba. Un ascensor viejo, lleno de moho, oxidado, siempre en mantenimiento. Las dos formas de franquear ese desnivel eran igual de aburridas, pero al final del último pasillo, antes de la puerta al antro oscuro que era su oficina, estaba el lugar más anhelado: la máquina del café.

Era la que empezaba a trabajar ante de todos. Le resultaba muy difícil manejar el desorden de la fila, si podemos llamarla con este nombre, que se formaba ante ella.

Cuando se cansaba, y no tenía mucha paciencia, lo único que podía hacer era simular un desperfecto y encender la luz roja de mantenimiento. Ahí iba a tener un poco de tregua y podía respirar. Lástima, que eso casi siempre ocurría cuando estaba por llegar el turno de nuestro amigo, que no tenía más remedio que doblar hacia la izquierda, caminar otros quince metros, abrir una puerta a su derecha, y entrar en su antro.

Ahí estaba lo que ahora le parecía una tierra prometida: una oficina interna, sin ventanas, oscura, con una iluminación insuficiente. Demasiado fría en invierno y dema-

siado caliente en verano. El moho en sus paredes delataba la humedad que exhalaban las cinco personas que trabajan ahí.

En el fondo, estaba el cementerio de los objetos perdidos: sillas desgazadas, escritorios oxidados, viejos monitores de tubo catódico y, en un rincón todo suyo, lo más interesante de todo: un viejo maniquí que nadie sabía cómo había llegado a parar ahí y al cual los empleados le habían puesto el exótico nombre de Ingrid. Ella era imperturbable como una verdadera jefa sueca. Los observaba a todos y no les perdonaba ni el más mínimo error.

Las otras protagonistas de la oficina eran las compus. Había como diez de ellas, una de las cuales era el servidor central. Ésta era una computadora hostil. Nadie lograba acceder a ella y todo el mundo quería descubrir cuáles misterios ocultara en sus entrañas. Sin embargo, la contraseña era indescifrable y todos los intentos de entrar en sus secretos habían sido vanos.

En cambio, eran demasiado accesibles las computadoras que estaban en los escritorios, que famélicamente pedían números y datos que necesitaban ser procesados y luego, después de pocos minutos, vomitaban resultados.

Todo eso era envuelto por el ruido suave de la impresora láser, que escupía las hojas con los resultados del trabajo, que luego serían enviado adonde correspondía. Ese mundo de ensueño, mal alumbrado y siempre igual, para nuestro amigo se había convertido en una especie de Tierra Prometida.

Hacía seis meses que no podía ir, a causa de esa epidemia que obligaba a todo el mundo a permanecer en un extraño cautiverio.

Claro, la nueva casa le permitía una cama con abrazos, el calor de otro cuerpo y la cercanía de su compu con la cual comunicaba con la oficina oscura de su vida anterior.

Ahí, en esa casa, además la luz entraba con toda la fuerza del sol de la mañana e iluminaba sus libros, que lo llamaban desde un estante. Dos amplios ventanales permitían que entrara el viento de ese décimo piso, y las hojas de papel a menudo volaban por el aire, rompiendo la rutina.

Ese lugar no tenía pasillos laberínticos, ni escaleras, ni el servidor misterioso.

Sin embargo, faltaba algo. La simple pava que tenía en la cocina no podía compararse con esa máquina del café: nunca se descomponía, siempre hacía su deber de calentar el agua para el mate que nunca podía permitirse en ese lugar remoto.

El camino para el baño era demasiado corto para poder hundirse en pensamientos tétricos, y el retorno era aún más festivo, con la luz del living que lo encandilaba apenas abría la puerta.

Sin embargo, pensó, había algo que esos dos lugares tan lejanos tenían en común. Una mirada que nunca dejaba de observarlo desde lejos, como la mirada de Ingrid.

## La noche de los colores

Esta historia ocurrió en un país cercano al nuestro. Se habla el mismo idioma y el clima es más o menos como el nuestro.

Sus habitantes tienen una característica: todo en la vida se basa en la combinación de colores. No es un país que tiene mucha población, pero sí todos combinan colores. Los vecinos acordaban qué tonos usar para pintar sus casas. Se daba el caso de una señora que todo lo hacía de un color, naranja por ejemplo. Comía zanahoria y zapallo con queso cheddar... Y duraznos o damascos de postre.

Más fácil le resultaba a otra que iba por el verde y la cantidad de cosas de ese color es más grande y, probablemente, más rica.

Llegó un momento donde todos se estaban aburriendo mucho, y de usar sólo un color decidieron variar, y ahí empezó otra locura: combinar colores. Hay colores que se combinan bien y otros que jamás tienen que estar juntos: marrón y negro, azul y negro. Otros juntos se aprueban: azul y verde, azul y rojo, gris con todos los colores. Parecía todo tan fácil. La vida del país se organizaba según las combinaciones de los colores. Los barrios se llamaban rojo y azul, verde y blanco, rojo y negro, rosado y blanco, y muchas combinaciones más.

Los partidos políticos que se disputaban el gobierno del país, como no, se caracterizaban por su propio color, y

se aliaban según las combinaciones favoritas del pueblo: amarillo y rojo, blanco y negro, naranja y verde.

Era tan cierto que toda la vida de la nación giraba alrededor de las combinaciones de colores, que un día un presidente tuvo la idea de promulgar una ley que establecía cuáles combinaciones eran aceptadas y cuáles no. Por ejemplo, la combinación de marrón con negro era sancionada con varios días de trabajo comunitario que, por supuesto, consistían principalmente en pintar espacios públicos según los cánones establecidos.

La vida seguía monótona y tranquila hasta que un día pasó algo inaudito. Una mañana, el patio central de la residencia del presidente amaneció pintado con todos los colores, sin ninguna lógica. El amarillo a lado del negro, éste al lado del marrón, que a su vez estaba a lado del azul, y así siguiendo. Todo el patio parecía la locura de un pintor que hubiera tirado baldazos de pintura en sus lienzos.

El presidente ordenó poner las cosas en su lugar y un ejército de pintores volvió a pintar las paredes y los pavimentos como lo establecía la ley. Al cabo de dos días, todo estaba ordenado como antes. Sin embargo, la mañana sucesiva, todo amaneció otra vez pintado con la paleta del pintor loco.

El presidente convocó un consejo de autoridades y se investigó todo el país, sin ningún resultado. Así que le ordenó al jardinero del palacio que vigilara el patio todas las noches. Una madrugada, muy temprano, vio un enjambre de mariposas llegar al palacio. Vio como de sus trompas escupían pintura de todos los colores y



la mezclaban con alegría. El jardinero avisó al presidente y éste mandó capturar a todas las mariposas del país. Algunas de ellas fueron interrogadas por las autoridades.

— ¿Por qué hicieron eso?

— Porque los colores son libres, mi comisario.

— Para las combinaciones hay una ley —respondió el policía.

— Y nosotras no la aceptamos.

El comisario les explicó que según la ley podían encerrarlas en prisión por mucho tiempo. Las mariposas contestaron que no les importaba, que su vida duraba dos días y el encierro no era un problema. Ellas disfrutaban con ver todos los colores juntos sin reglas y en alegría. El resto no importaba. Muertas ellas, otras mariposas harían lo mismo.

Y así fue. Apresaron el primer grupo de mariposas en el interior de una habitación encerrada por una malla muy finita, pero el patio amaneció igual pintado de colores. Las autoridades del país lo volvieron a intentar y consiguieron el mismo resultado.

El presidente empezaba a preocuparse porque varios sectores de la población, sobre todo los niños y las niñas de las escuelas, también estaban cansados de obedecer a las reglas de combinación de los colores. Querían poner sus manos en los potes de pintura y ensuciar así como venía las hojas o las paredes. Sus docentes ya no podían contener su rebeldía. Ya no era sólo el patio del palacio presidencial: amanecían pintados hospitales, escuelas, plazas de barrios, parques de juegos... Los niños y las niñas, felices de todo eso, amanecían muy temprana-

no para salir a jugar con las mariposas y ayudarlas a pintar de varios colores a todo el país.

El presidente, siempre más preocupado, decidió recibir a los niños y a las mariposas, y les preguntó qué querían.

—Que los colores sean libres -contestaron.

El presidente se quedó pensando. Por supuesto, no podía apresar a los niños y a las niñas sin enemigarse a la población. Con las mariposas ya sabía que era inútil. Morían en prisión y venían otras que las reemplazaban de inmediato. No le quedó más remedio que abrogar las leyes sobre las combinaciones de colores.

El día siguiente, el país amaneció pintado de paletas de colores en todos sus rincones, y las mariposas revoloteaban en el cielo y danzaban celebrando su felicidad.

Los niños hablaron con sus padres, que estaban perplejos:

—Pero es importante el orden -les decían.

Los niños contestaron llamando a las mariposas y pintando las caras de sus padres de todos los colores. Todo el mundo se rió, y el presidente tuvo que reconocer que lo mejor fue aceptar la voluntad de todos.

Desde ese momento, todo cambió: hasta nuestros días el país de los colores es una paleta con todas las tonalidades, ya sin ninguna prohibición.

# El 1

El sol de las 4 de la tarde pegaba fuerte en su cabeza. No había nada de sombra en esa pequeña cancha. El público se amontonaba en la tribuna situada a lado de la banda lateral, presionando a los equipos y al referí.

El partido parecía fácil. Necesitaban los tres puntos para seguir con la ilusión del ascenso y el equipo rival no se presentaba en su mejor momento.

A él, Ángel, el experto arquero del equipo local, no le gustaban estos partidos. Poca participación y mucha responsabilidad. Observaba como sus compañeros desperdiciaban una y otra oportunidad de gol.

Primero fue el Cebolla, quien recién comenzado el partido había enviado al cielo un centro perfecto de Juanito. Luego otros goles fueron errados por el mismo Juanito, otros por el Cebolla y por el tanque Rodríguez, el centrodelantero.

Ahora, ya a mitad del segundo tiempo, la hinchada empezaba a murmurar. La tensión crecía con el pasar de los minutos. Ángel empezó a sentir envidia del arquero contrario. Él no tenía tiempo para pensar, para ponerse nervioso. Toda la tarde la había transcurrido ordenando la defensa, descolgando centros, discutiendo con el referí. Ángel llegó incluso a envidiarle la tarjeta amarilla que el árbitro le mostró por retrasar el juego.

La gente le gritaba "amargo, te conformás con el cero", pero por lo menos lo miraba; el arquero rival estaba en el centro de la atención. Hasta su hijo Mario de 8 años,

su público de todas las semanas, se desinteresaba de Ángel.

Al minuto 88, el arquero rival logró sacar un tiro libre de Cebolla del ángulo derecho de su arco y ya pintaba como el héroe de la tarde. Ángel miró a su hijo y fue sorprendido por su expresión admirada.

En ese momento tomó su resolución. Esa tarde, él, Ángel Ramírez, de 35 años, arquero conocido y respetado por todos en el torneo Argentino B, iba a cumplir su sueño. Esperó hasta el minuto 91, en tiempo de descuento. Su equipo seguía atacando, presionando, pero sin contundencia. Él referí acababa de asignarle un lateral derecho en ataque. Ángel lo hizo, después de 16 años de honorada carrera, lo hizo. Salió corriendo del arco y cruzó la cancha, veloz como un pibe de 17 años.

La hinchada lo miraba asombrada. Él técnico estaba enloquecido:

—¿Qué hacés, Ángel? Volvé, la pelota está en juego. ¡Volvé!

Sin embargo, Ángel seguía acercándose al área. Sentía que estaba aproximándose a la oportunidad de su vida, a su desquite. Al fin algo de gloria para él, que había dado vuelta a medio país sin nunca lograr llegar a jugar en primera. Para él, que a sus 35 años era un simple laburante de la pelota... Y seguía acercándose.

En la jugada hubo un rebote. La pelota, que había salido del área rival volando por el aire, estaba cayendo cerca de Ángel. Era lo que estaba buscando. La miró detenidamente, cargó la zurda y le pegó. El esférico salió como una bala de cañón a ras del piso, recorrió los 25 metros

que lo separaban del arco rival y se metió inexorablemente en el ángulo derecho.

Lo había logrado. Al fin el grito de gol era para él. El grito de gol que siempre había vivido desde lejos, mirando la celebración de los demás, sin ni siquiera una mirada para él. El grito de gol que tanta veces había sufrido en su contra y que lo había hecho sentir tan responsable de las derrotas y tan poco de los triunfos.

Sabía que su técnico nunca le perdonaría esa locura. Sin embargo, su equipo había ganado y había valido la pena. Había valido la pena correr hacia su hijo, ver a Mario feliz gritando con las lágrimas en los ojos, sentir el aplauso y el canto de la hinchada.

Esa misma noche, después del partido, el técnico lo convocó y le dijo:

— Ángel, sabés muy bien que no puedo perdonarte esta locura. Igual, gracias. Ahora podés retirarte sin remordimientos.

Ángel se despidió de sus compañeros el martes después del partido pensando que nunca más en su vida volvería a pisar una cancha de fútbol.

Pasaron las fechas y el equipo llegó al partido final para lograr el ansiado ascenso. Justo en el último partido antes del choque decisivo, el nuevo arquero titular, "el rebotero" Toni, se había lesionado el hombro.

Ángel, que nunca había abandonado a su equipo, convirtiéndose en el maestro de los arqueros juveniles, vio llegar al director técnico desde lejos, mientras recogía pacientemente los balones desparramados por el pasto.

—Hola Ángel. Te necesitamos.

—Tienen a Mario.

—Es muy inexperto y es una final. Además, te la debo. Si llegamos hasta acá también fue por tu locura.

—Pensé que era lo último que iba a hacer en una cancha de fútbol. Parece que hay algo más.

—Sí. Pero esta vez me mantenés los pies clavados en el área. Nos vemos mañana por la tarde.

Ángel puso todos los balones en la red, los cargó en sus hombros y se alejó sin mirar para atrás.

# Teletransporte

Firenze, 30 de febrero de 2020

Señor Geppetto,

Hoy Pinocho se escapó otra vez de la escuela. Cuando volvió, dio la siguiente justificación: según él viajó a otra dimensión, donde estaban siete enanitos mineros. Los siguió y se perdió en la mina.

Nos estamos cansando de estas excusas. Una cosa es segura: su hijo tiene mucha fantasía. Lo raro es que esta vez no le creció la nariz.

El equipo de psicopedagogía sigue estando a su disposición.

Atentamente.

El preceptor  
Pepe Grillo





# Sacha Ayala

"La literatura está para ampliar las vivencias, que el pensamiento se expanda y la imaginación pueda ser mayor y podamos sentir más. Y, además, para darnos maneras de decir que nos permitan liberarnos de un régimen del decir."

Marcelo Cohen

## Ceci es la mala de la historia

—Que no me entere que estas tirando las cenizas detrás de la cama.

—¿Encima que traigo el alcohol me tratas así?

—No me importa, cuando nos levantemos de la cama, voy a mirar, y si veo cenizas en el piso lo vas a barrer vos.

—Tranquila, lo estoy tirando en el cenicero. Qué raro que no tengas alcohol.

—Pasa que el martes fui a trabajar con esos tacones rojos, que me hacen ver re perra, son divinos pero me hicieron sangrar los tobillos toda la noche.

—¿Para qué te los pones si te lastiman tanto?

—Porque no sabía. Me los compre ese mismo día, es que quería verme bien para la reunión.

—Ah, sí, me habías dicho. Pero algo no me quedó claro: ¿para qué era la reunión?

—Nos reunimos las chicas.

—¿Para qué se reunieron?

—Nos reunimos por que con este tema del coronavirus, iban a cerrar los bosques.

—¿Eso lo organizan ustedes?

—Si si, igual una vez al mes, nos juntamos así.

—No sabía que las travas tenían sindicato.

—¡Ay, nene! ¿Cómo vas a decir travas? Se dice: “Las chicas”. Mira, si no fueras tan lindo, ya te estaría pegando.

—¿Y qué onda? ¿Lo van a cerrar?

—No, si declaran una cuarentena, ahí sí, vamos a dejar de trabajar.

—¿Pero no es peligroso que sigas yendo a trabajar?

—Yo tengo que seguir trabajando igual, ¿cómo pago el alquiler sino?

—Pero mira si me lo contagias a mí, yo le tengo un re miedo a esa cosa.

—En tu trabajo también te lo puedes contagiar. ¿No sos cajero vos?

—Sí, estoy pensando en eso todo el día, me dieron guantes y dicen que el barbijo no sirve para nada. Igual, me quería comprar unos, pero ahora cuesta conseguir. Encima es algo que me pone re nervioso y me olvido de las cosas.

—¿Tan nervioso te pones?

—Me preguntan el precio de la Fanta y me quedo en blanco, igual es algo que siempre me paso, de ponerme nervioso y olvidarme de todo.

—Peor que una pasiva.

—¿Y a vos no te asusta estar con un cliente con coronavirus? A esa distancia te lo puede contagiar casi seguro.

—Igual no me asusta. Hablando de eso, una de las chicas no fue a la reunión, porque dijo que se sentía enferma, adivina quién es...

—¿Quién?

—Nuestra amiga Ceci. Y antes había contado que estuvo con un estadounidense.

—Y justo cuando venía para acá me la encontré en la farmacia.

—¿En serio?

—Sí, nos sacamos una foto y todo. Mira...

- Se sacaron la foto con tu celular.
- Sí.
- Pero ella está sacando la foto con tu celular, me doy cuenta porque ella en su mano tiene su celular con esa funda rosa horrible.
- Prefiero sacar yo la foto. Ella nunca lo puedo enfocar bien.
- ¿Estás seguro que le pasaste alcohol al celular apenas llegaste?
- Sí, ¿por?
- ¿Con el alcohol que trajiste?
- Creo que sí.
- ¿Entonces por qué sigue sellado?
- Qué raro, me acuerdo de haberle pasado.
- Ay nene, sos un colgado ¡no le pasaste!
- Pero yo me acuerdo que sí.
- No, no le pasaste. Encima estuvimos teniendo sexo toda la tarde, me pasaste la lengua por el orto y todo.
- No me pongas más nervioso de lo que estoy, sabes que este tema me asusta.
- Lo peor es que sacaste el celular como 20 veces desde que llegaste.
- ¿Por qué te haces la asustada? Si hace un rato me contactaste que ibas a seguir trabajando y todo.
- Mentí, nene. Me estaba haciendo la corajuda solo para asustarte a vos, nada más.
- Es muy raro, me acuerdo de haberle pasado.
- Sos un estúpido. Pero ahora que lo pienso, la zorra es ella, porque, sabiendo que está enferma, no tendría que haber agarrado tu celular.
- Es verdad, ¡es culpa de ella!

- Ya mismo la llamo y le digo... aunque...
- ¿Qué paso? ¿Te arrepentiste?
- Ahora que lo pienso, ¿para qué?
- ¿Como “para qué”?
- Y si, ya no me importa enfermarme y morir.
- ¿De qué hablas, Lau?
- Vos no lo entenderías... Vos vivís sintiéndote bien con vos mismo, yo no. Por ejemplo: Siempre me quise hacer las lolas, pero, ¿sabes lo qué pasa?
- ¿Qué pasa?
- Que si me opero voy a tener que dedicarme toda la vida a esto. Y me gusta mi trabajo, me encanta. Pero no quiero dedicarme toda la vida a esto. Ahora lo hago porque soy joven pero cuando sea vieja quiero dedicarme a otra cosa. Ya sabes, las minas que nos dedicamos a esto corremos más riesgos.
- No tiene por qué ser así.
- Pero es así. Y yo quiero ser una mujer.
- No sé si sea el mejor momento para decir esto, pero ya me acorde.
- ¿Qué cosa te acordaste?
- Lave el celular con el alcohol en gel que tengo en la mochila.
- Ay, nene. Si no fueras tan lindo...

# 1

– Bienvenido a “Second life”, el simulador de realidad neuronal más avanzado del planeta. Yo soy Julio Rivera, creador e impulsor.

– Julio, ¿te acuerdas de mí? Rubén, del Barrio Espora.

– ¿Rubén? Claro que me acuerdo viejo amigo, veni acá.

– Hermano, se siente tan real.

– No solo los abrazos se sienten reales en “Second life”, también todo tipo de contacto humano. Buena opción si querés mantener una relación a larga distancia con tu pareja.

– Podemos tener sexo sobre las cataratas del Iguazú.

– Estás son las cataratas Victoria. Pero podemos ir a cualquier lugar: El gran cañón, Madagascar, París o el monte Fuji.

– Es hermoso.

– También podemos ir a cualquier lugar que recuerdes bien, la computadora madre puede recrearlo sin problemas, tu cerebro hace casi todo el trabajo.

– Bueno vayamos a un lugar familiar para los ambos, ¿no te parece? Quiero ir a Pepiri quince cincuenta y uno.

– Ya estamos acá. Rubén, me vienen tantos recuerdos.

– Espero que sean buenos.

– Maravillosos recuerdos. La puerta está abierta.

– Luce como antes de tu partida.

– ¿Seguiste viniendo después de que me fui?

—Alguien tenía que visitar a tu papá, se sentía muy solo y triste, estaba todo el día acá, sentado, escuchando la radio. Con alcohol hasta la médula.

—Siempre fue de tomar bastante.

—Pero después de que te fuiste, se bajaba las botellas olímpicamente.

—Entonces vos le hacías compañía.

—Estaba inconsciente casi siempre. Igual yo lo quería mucho a tu papá, me dolió mucho cuando se mudó. Se fue como vos, de un día para el otro, sin ningún aviso. ¿Pudiste volver a hablar con él?

—Cuando mamá me alejo, tenía 8 años, como vos, ganas me había molestado en memorizar el número de acá. Cuando ella se descuidaba, agarraba el teléfono y probaba números al azar esperando poder volver a escuchar a papá. Nunca resultó, obviamente, cuando pude enviar cartas, papá ya se había mudado. Hace tres años mi tío se comunicó conmigo y me contó las malas noticias: papá murió en un accidente.

—Julio, sé que amabas mucho a tu papá. Yo también lo quería mucho. Con él podíamos ser como quisiéramos. De chico soñaba que los tres pudiéramos vivir en esta casa, o en una más grande. Pero bueno, tu madre no estaba tan de acuerdo con como éramos. No era como tu papá. Un hombre bastante moderno para ser tan mayor.

—Y la bebida acabó con él. Había vuelto a corrientes, estaba trabajando con una amoladora borracho, en eso se ve que pierde el control del aparato y se cortó la pierna. Murió desangrado en quince minutos. Yo estaba terminando “Second life” en ese momento.

– Aún así, no te impidió terminarlo. Siempre admire tu fuerza, desde chico demostrabas gran autodeterminación. No me sorprende que hayas sido capaz de crear este mundo.

– Me imagino que venís algo informado sobre las capacidades que tiene mi sistema.

– Entendí pocas cosas, solamente vi un vídeo en Youtube.

– ¿Y qué es lo más interesante que dicen?

– Veamos, el programa nos permite estar en completa conciencia dentro del programa, y eso puedo comprobarlo por mí mismo, siento que estoy vivo dentro de "Second Life".

– Pensé que tendría otra oportunidad. Como sabrás, en "la computadora madre" es posible guardar una conciencia humana, como una imagen escaneada en un pendrive, ahora podría estar con él, si tan solo...

– No puedo superarlo Rubén, siempre me siento culpable.

– ¿Pero cómo funciona "Second life"? ¿Podemos traer un psicólogo acá?

– El cerebro es muy complicado, más se complicado cuando se conecta a una base de datos infinita como lo es la internet. Si hubiera sabido que se podía complicar tanto, no me hubiera...

– ¿Podes dormir?

– Solo configure una suspensión que puede durar horas o años, pero para mí eso es solo un parpadeo.

– ¿Seguís viendo a tu mamá?

– A veces aparece alguna noticia en la web. ¿Me preguntas si alguna vez entro?



- No sé si sea bueno para vos ver a tu mamá.
- Ya supere lo que ella nos hizo.
- ¿Cómo sabes?
- Ya no pienso en ella, pienso en “Second life” y en cómo mejorarlo.
- ¿Por qué?
- Porque es mi proyecto, es el descubrimiento más avanzado de la humanidad, tengo que continuar.
- Julio, ¿no te das cuenta? Ya cumpliste, es tiempo de pensar en vos.
- ¿Por qué decís que ya cumplí? Hay muchas cosas por hacer.
- Porque estás muerto.
- ¡Callate! Yo creé “Second life” para tener una segunda oportunidad, no estoy muerto, ahora soy eterno.
- Una eterna alma en pena, o peor, un dios en pena. El dolor de un mortal es una cosa, pero el dolor de un dios...
- ¿Pero qué puedo hacer?
- Cambiar, dejar esto por un tiempo aunque sea. Si seguís avanzando con esto, “Second life” se convertirá en un infierno.
- Pero ahora te tengo a vos, ahora podemos estar juntos, ahora todo va a estar mejor.
- No sabes lo mucho que deseo esto, pero no estoy a la altura de las circunstancias.
- Rubén, te amo más que mí mismo, seríamos tan felices juntos.
- Pero cambié, ya no sabes si me seguís amando ¿Qué pasa si no te gusta en lo que me he convertido?

– Esto va a funcionar ¡Tiene que funcionar! Por favor, no sé qué hacer, estoy tan vacío, aun siento que mis venas siguen sangrando, pero sé que es imposible, ya no tengo brazos, no tengo sangre ni cuerpo ¡No tengo nada!

– Pero Julio... yo sigo vivo.

– Cuando mueras ambos podemos estar juntos en "Second life", eternamente.

– De haber sabido que estarías en este estado, no hubiera venido. Lo siento muchísimo. Pero tengo una vida y si me amas me imagino que comprenderás que debo continuar. Todavía soy real.

## Entonces mire por la cerradura de la puerta

Instalaron una cámara de seguridad que apunta directo a la puerta de nuestro edificio. Mamá no despega la mirada del televisor, vigilando lo que hace papá, que está parado en la puerta todo el día. Agacha la cabeza cada vez que sale o entra un inquilino, parece un perrito regañado, puedo escuchar su débil tono de voz cada vez que saluda. Lo conozco y sé que no es capaz de fingir un poquito de masculinidad. También sé que es su trabajo, porque es el encargado del edificio, pero él siempre es así de sumiso, no sé si trata de dar pena a propósito o es algo que ya tiene integrado.

Antes trataba de admirarlo, como mis compañeros, a los que envidio, porque sí tienen un verdadero modelo a seguir. Que ganas de vivir en un lugar donde haya un hombre de verdad, que sepa tener las cosas en orden, no como acá, que todo es un desastre. El lavarropas no funciona hace un mes y mamá tiene que lavar la ropa a mano, porque él no es capaz de hacer absolutamente nada. Mi mamá, con su ya típica cara de loca, señala con el dedo la pantalla:

—Mira, mira -me dice-. ¿Sabes quién es esa mujer? -yo niego con la cabeza-. ¿Cómo que no sabes? Esa es tu futura mamita, mira como la saluda.

Claro que si la conozco, es la mujer del séptimo, no sé qué delira mi mamá ¿No se da cuenta que está lejos del alcance de mi viejo? Ella es mucho más joven, debe tener unos treinta y tantos años, se nota que es de esas mujeres que le gusta cuidar su cuerpo, comer sano y pasarse horas en el gimnasio. Ambos se quedan hablando al lado de la puerta. Mamá se levanta apurada y va corriendo al portero, muy despacio descuelga el tubo, tapa el receptor y trata de escuchar la conversación.

– ¿Qué haces, má? -me contesta murmurando:

– Cállate, ¿o lo estas defendiendo? -vemos que papá entra con la mujer y cierra la puerta, mamá sigue delirando-. ¿Sabes dónde están yendo? -me encojo de hombros- Van al cuarto de las cañerías, en el sótano, donde lleva a todas sus mujeres.

Ahora resulta que son varias mujeres. ¿Cómo le explico que su marido no vale nada? ¿Que la única que es capaz de estar con un tipo tan lamentable es ella? Además, la mujer del séptimo está casada con un ex boxeador, una mole de dos metros que nunca sonríe, que si lo ve al enclenque de mi viejo intentando algo con su mujer, seguro que lo mata de una piña.

– Mamá, deja de inventar cosas -miento mientras me pongo las chancletas para descubrir la verdad-. Voy al kiosco a comprarme un paquete de cartas de “Dragon Ball”.

Tengo que saber si es capaz de estar con una mujer tan bella... tal vez tenga algo que nunca mostró conmigo. Salí acelerado del departamento y bajé corriendo las es-

caleras. Dejó la puerta del sótano abierta, seguro estaba demasiado excitado para acordarse de cerrar la puerta, o al menos eso espero. Bajó al cuarto de las cañerías, apoyo la oreja en la puerta esperando poder escuchar algo, pero hace mucho ruido la caldera. Noto que sale luz de la cerradura de la puerta. Tardo un momento en animarme a mirar, estoy harto de vivir decepcionandome de él. "Por favor viejo, dame un orgullo, por lo menos una vez", aspiro hondo y miro por el orificio de la cerradura.

Mamá tenía razón. Veo el cuerpo desnudo y bien torneado de la mujer del séptimo, no puedo creer lo bonita que es, parece Melisa Galat, la modelo de una revista que tengo guardada abajo de mi cama. Me siento orgulloso por un momento, hasta que me detengo a ver la cara de ella, está decepcionada, por momentos hasta pone cara de asco. Por Dios... ¿Qué está haciendo mi papá? Se mueve como un raquíto y pone cara de imbécil. Su cuerpo desnudo es todavía más lamentable, tiene panza, los brazos huesudos, le cuelga el pellejo por todos lados y parece que se está por quedar sin aliento en cualquier momento.

Estaba por sacar la mirada pero entonces veo una mancha en su nalga derecha, es la misma mancha que tengo yo. No puede ser, cuando sea grande voy a verme como él, puede que no ¿Pero no es lo que dice todo el mundo? "De tal palo tal astilla", "La manzana no cae tan lejos del árbol", "Estoy destinado a acabar como él".

Papá, como te odio ¿Por qué tenías que traerme a este mundo? ¿Para que tenías que traer otro ser lamentable como vos? Si me toca cuidarte en tu vejez, lo más seguro

es que te deje en una plaza o en un bar, no pienso tocarte ni con un palo cuando te vuelvas un vejestorio aún más inútil.

Siento que alguien me toca el hombro, me quedo helado, no puedo moverme, debe ser el marido, tal vez de la calentura nos termine matando a los tres. Lentamente alejo la mirada de la cerradura y me doy vuelta. Es mamá. No me ve a los ojos, es más, parece que está mirando a la nada misma, su cara tampoco muestra emoción alguna. Me agarra de los hombros y me corre, se agacha y mira por la cerradura. No dice nada, solo se queda mirando, inmutable, no llora, no se mueve, parece que ni siquiera respira.

Me estoy quedando sin aire, algo se quebró, pero no sé qué me pasa y mamá sigue viendo, como un fantasma.

# Índice

Bautista Saravia / Página 13

Emanuel Benítez / Página 23

Estanislao Bedacarratz / Página 35

Gabriel Barovero / Página 41

Juan Juri / Página 53

Lucas Itkin / Página 65

Marcos Irade / Página 75

Roberto Giovenetti / Página 83

Sacha Ayala / Página 97

Algunos de los textos aquí reunidos fueron producidos en el marco de las clases individuales del Club de Lectura y Escritura realizado durante el año 2020. Si tenés intenciones de comunicarte con lxs escritorxs, si querés hacer uso de alguno de los textos por el motivo que fuere, te proponemos que le escribas a Federico L. Baggini (fedebaggini@hotmail.com), coordinador de los espacios, quién podrá ponerte en contacto con quien desees.

Este libro fue elaborado e impreso de forma cooperativa, colectiva, comunitaria y autogestiva.

Creemos en el contenido intelectual, no en la marca comercial.

Este libro  
se terminó de imprimir  
en la provincia de Buenos Aires,  
durante 2020.